

*CANTO AL CANTAR
DE LOS CANTARES*

Enrique Cases

EDICIONES INTERNACIONALES UNIVERSITARIAS
MADRID

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación, total o parcial, de esta obra sin contar con autorización escrita de los titulares del *Copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Artículos 270 y ss. del Código Penal).

Primera edición: Octubre 2007

© 2007: Enrique Cases

Ediciones Internacionales Universitarias, S.A.

Pantoja, 14 bajo – 28002 Madrid

Tfno.: +91 519 39 07 – Fax: +91 413 68 08

e-mail: info.eiunsa@eunsa.es

Ilustración cubierta.

Cuadro titulado: *Prendiste mi corazón hermana* de Hortensia Núñez Ladeveze

Tratamiento: Pretexto. Pamplona

ISBN: 978-84-8469-221-8 • Depósito legal: NA 2.893-2007

Impreso en España por Imagraf, S.L.L. Mutilva Baja (Navarra)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
--------------------	----

I. CANTO DEL ESPOSO A LA ESPOSA

No te quiero por ser bella	17
Soy morena, pero hermosa (Ct 1,5)	20
¡Qué hermoso eres, Amado mío! (Ct 1,16)	22
Canto de primavera	24
Paloma mía (Ct 2,14)	26
Herida de amor (Ct 2,5)	30
Si no te conoces (Ct 2,8)	33
¿Habéis visto al que ama mi alma? (Ct 3,3)	38
Tesoros escondidos	41
La voz del Amado (Ct 2,8)	45

II. LOS ESPOSOS SE BUSCAN

Busqué al que ama mi alma, y no lo hallé (Ct 3,1)	51
¡La Voz del Esposo! (Ct 2,8)	56
Cazaré las raposas y florecerán las viñas (Ct 2,15)	59
El invierno ha pasado (Ct 2,11)	63
Comprar (Ct 8,7).....	65
El prado (Ct 1,7).....	68
¿Dónde pastoreas en la siesta? (Ct 1,17).....	70
Apenas los pasé, cuando encontré (Ct 3,4).....	73
Bésame con el beso de tu boca (Ct 1, 7.12).....	75
Lo llamé y no me respondió (Ct 5,2)	77
Los guardias me encontraron y me hirieron (Ct 5,7)	82

III. CANTO DE LA ESPOSA AL ESPOSO

Mi amado se distingue entre millares (Ct 5,10)	85
Correremos al olor de tus perfumes	88
¿Adónde se marchó tu Amado? (Ct 6,1)	91
Grábame como un sello en tu corazón (Ct 8,6) .	94
El Amor es más fuerte que la muerte (Ct 8,6) .	99
Tenaz como el infierno es la pasión (Ct 8,6).....	102

La multitud de las aguas no pudo extinguir el amor (Ct 8,7)	105
Azucenas (Ct 2,2-3)	109
El Esposo	111
Como el manzano entre árboles silvestres (Ct 8,6)	113
¡Mira que eres hermoso, amado mío! (Ct 7,9) ..	114
Madrágoras (Ct 7,14)	117
¡Ojalá fueses mi hermano! (Ct 8,1)	120
No despertéis al Amado (Ct 8,4)	122
Abrazo (Ct 8,3)	124
Como la Magdalena	130

Introducción

La experiencia espiritual, llamada mística, está muy ligada al Cantar de los Cantares. En cada ambiente donde ha habido una renovación se advierten nuevos matices de la interpretación de este texto. Los sermones de san Bernardo In *Cantica canticorum*, para la Edad Media, y el *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz, para el período posterior, dan testimonio del influjo directo de este poema bíblico, siguiendo la traza de la interpretación realizada por Orígenes del Cantar en la tradición cristiana.

La metáfora nupcial se encuentra ya en el Antiguo Testamento. Basta recordar el libro del profeta Oseas, que tiene como tema central la imagen matrimonial como expresión del amor de Dios su pueblo. El amor no ha sido correspondido y el texto profético adquiere un carácter dramático: «Yahvé dijo: Ve otra vez, ama a una mujer que

ama a otro y comete adulterio, como ama Yahvé a los hijos de Israel, mientras ellos se vuelven a otros dioses» (Os 3,1). Expresiones del mismo tipo se encuentran en otros textos proféticos. Así también, el mismo Cantar de los Cantares y el salmo 45 han sido interpretados por la tradición judía como expresión metafórica del amor del Mesías.

Los judíos atribuyeron el Cantar a Salomón junto con los Proverbios y el Eclesiastés, y lo interpretaron como el canto de amor que mutuamente se dirigen el esposo Yahvé y la esposa Israel. Los cristianos se limitaron a adaptar y hacer suya esta interpretación, identificando al esposo con Cristo y a la esposa con la Iglesia, valorando la célebre imagen de Pablo en Ef 5,31 ss. El comentario cristiano más antiguo es el de Hipólito, algunos años anterior al de Orígenes, sin ninguna interpretación literal. Esta triple acepción de la Esposa puede ser Israel, la Iglesia –nuevo Israel– y el alma que busca a Dios; y la del Esposo que simboliza a Dios. Las tres acepciones han sido tomadas por diversos autores. El actual Canto tiene como referencia al alma orante en su transformación progresiva de enamorada en esposa con un matrimonio espiritual de plenitud espiritual. En la consumación escatológica tendrá su culminación el hombre espiritual. Cuando se haya alcan-

zado la perfección, en el día Señor, se realizará el «festín de las bodas» común a todos salvados.

En el Canto que introducimos se sigue la forma poética que abarca tres partes. La primera es el Canto a la Esposa –Dios al alma–, que podemos identificar como el amor que precede a toda conversión, como la vocación que deslumbra sin poder captar el motivo de la elección que tiene su iniciativa en Dios. También se encuentran en ella los inicios del alma orante. Le siguen dos pérdidas o alejamientos del Amado con la consiguiente búsqueda de la dolorida amada. En esta doble separación se puede encontrar la interpretación de san Juan de la Cruz en sus dos noches, aunque sea un poco forzado pintarlas como la noche de los sentidos y la noche del alma en sucesiva purificación pasiva hasta llegar al día de la unión de fe. Por último, está el Canto al Esposo por parte de la Amada que va creciendo en intensidad y perfección y que pasa de un *eros* a un *agapé* con efectos de retroalimentación intensa. Para finalizar, está la famosa descripción del Matrimonio espiritual tantas veces utilizada en la predicación y en la oración cristiana.

En san Juan de la Cruz se da una doble aportación. De una parte, la poesía inspirada en el Cantar; de otra, los comentarios que le permiten exponer su experiencia de la ascensión en la vida

contemplativa. A través de las metáforas le resulta más fácil explicar la inefable vía de conocimiento divino y de purificación del alma. Ya es algo incorporado a la tradición espiritual cristiana. En las primeras estrofas del *Cántico espiritual* el poeta describe claramente la idea del desasosiego del alma que desea la unión con Dios y tiene la sensación de haberlo perdido.

*¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.*

Otra muestra de su intensidad expresiva queda reflejada en la búsqueda de directores espirituales, sabios y entendidos, a los que denomina pastores, con una inquietud que se puede llamar ansiosa.

*Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.*

En las estrofas cuarta y quinta se ha hecho universal la toma de su expresión poética de la belleza para manifestar la acción de la mano del Hacedor.

*¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado!,
decid si por vosotros ha pasado.*

*Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura.
Y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura.*

En su comentario al *Cántico* dice san Juan de la Cruz: «... el orden que llevan estas canciones es desde que un alma comienza a servir a Dios hasta que llega al último estado de perfección, que es el matrimonio espiritual. Y así, en ellas se tocan los tres estados o vías de ejercicio espiritual por las cuales pasa el alma hasta llegar al dicho estado, que son: purgativa, iluminativa y unitiva». El Canto que presentamos tiene una pretensión similar, sin que sea su objeto una exposición completa y pedagógica de la vida de oración.

I. Canto del Esposo a la Esposa

NO TE QUIERO POR SER BELLA

No te quiero por ser bella
en comparación con otras.
Te quiero por ser tú misma,
te quiero así, natural,
sin máscaras ni maquillajes,
te quiero por ser espejo,
te quiero porque reflejas
la Belleza del Eterno.
Te quiero porque me quieres,
te quiero pues reconoces
la causa de tu belleza.
Te quiero para que quieras
querer como quiero Yo.

27.III.2003

COMENTARIO

En esta poesía se expresa que el comienzo de la vida de oración es Dios mismo. No quiere al alma por ser hermosa, sino por ser espejo, imagen de Dios. Reflejándole toma de Él su belleza, pues es capaz de Dios. El inicio de la vida de oración es una vocación. La llamada a la vida de contemplación no es exclusiva de unos privilegiados, sino para todos los hombres; como enseña san Josemaría —maestro de la vida contemplativa en medio del mundo—: «Fíjate bien: hay muchos hombres y mujeres en el mundo, y ni a uno solo de ellos deja de llamar el Maestro. Les llama a una vida cristiana, a una vida de santidad, a una vida de elección, a una vida eterna» (*Forja*, n. 13). San Pablo expresa en la epístola a los Efesios esta precedencia del querer divino al querer humano: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien nos bendijo en Cristo con toda bendición espiritual en los cielos, por cuanto en él nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos e inmaculados en su presencia por el amor» (Ef 1,3-4). La vocación y la vida de oración son *una iniciativa divina, una llamada de amor, eterna, anterior a todo mérito*. Juan Pablo II enseña que «la intervención libre y gratuita de Dios que llama es prioritaria, anterior. Es más, podemos decir

que Dios “primero” elige al hombre, en el Hijo eterno y consustancial, a participar de la filiación divina, y sólo “después” quiere la creación, quiere al mundo. En la raíz de toda vocación (...) no se da una iniciativa humana o personal con sus inevitables limitaciones, sino una misteriosa iniciativa de Dios. Desde la eternidad, desde que comenzamos a existir en los designios del Creador y Él que nos quiso criaturas, también nos quiso llamados, preparándonos con dones y condiciones para la respuesta personal, consciente y oportuna a la llamada de Cristo o de la Iglesia. Dios que nos ama y es Amor, es “quien llama” (Rom 9,11)». Se realiza lo profetizado por Isaías: «No temas, yo te he redimido y te he llamado por tu nombre. Tú eres mío». «El que llama por el nombre propio es el mismo Dios»(Is 43,1).

La precedencia de la gracia a la acción humana es importante en la vida de oración. Como dice san Pablo: «Porque los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. En efecto, no recibisteis un espíritu de esclavitud para estar de nuevo bajo el temor, sino que recibisteis un espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ¡Abbá, Padre!» (Rom 8,14-15).

La oración se origina en el Espíritu Santo, presente en el alma antes de que sea consciente de su acción: «... nadie puede decir: ¡Señor Jesús!, sino

por el Espíritu Santo» (1 Co 12,3). Como dice san Juan: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó» (1 Jn 4.10)

El canto concluye con la meta de esa acción divina: Amar con el Amor de Dios presente en el alma. *Te quiero para que quieras, querer como quiero Yo.*



SOY MORENA, PERO HERMOSA (CT 1,5)

*¡Qué hermosa eres, amada mía,
qué hermosa eres!
Palomas son tus ojos.*

Del amado nacen los amores,
los elogios surgen al mirarme
y saben decir mis hermosuras,
al ver mis ojos cual palomas
y en mis pobres aromas su perfume.
Ahí comenzó todo.

El Amado miró desde el amor
a la que es negra, pero hermosa.

3.I.2007

COMENTARIO

El alma que empieza a orar tiene defectos, es *negra, pero hermosa*. La pureza de la mirada divina capta lo hermoso, la imagen de Dios y la capacidad de amar, aún en su inicio. De ahí la extrañeza de la esposa ante los elogios, pues se sabe con defectos y no confunde su tendencia a Dios como algo del propio esfuerzo, sino como una atracción. *El Amado miró desde el amor*, dice el poema. La conciencia del inicio del primer amor impide en el principiante un enamoramiento basado en un secreto orgullo, como si el mérito de esa oración y unión con Dios, que ya se saborea, fuese exclusivamente suyo.

Sabiendo que *del amado nacen los amores*, no se engaña al sentir que *los elogios surgen al mirarme*, la alegría de saberse querida, enamorada, en el camino, llamada. Aunque vea que Dios sabe hacer ver lo bueno de su vida pues *sabe decir mis hermosuras*, es consciente de que *ve mis ojos cual palomas* porque es Bueno y hasta *mis pobres aromas son su perfume*. De ahí que sea importante al comenzar a orar saber que *ahí comenzó todo*, en que *El Amado miró desde el amor a la que es negra, pero hermosa*.



¡QUÉ HERMOSO ERES, AMADO MÍO! (CT 1,16)

¡Qué hermoso eres, Amado mío!

¡Qué gracioso!

Me sorprende el regalo de tu amor,
me encanta saberme tan amada,
¿qué ves en mí si no es tu encanto?
Acudo a la llamada de tu voz,
tu mirada sorprende mi pudor,
tu insistencia me anima a caminar
tomando el camino de los montes.
¡Vayamos!

3.1.2007

COMENTARIO

La fe se inicia en Dios, pero requiere respuesta. La gracia antecede, acompaña y concluye el acto de respuesta que es el acto completo de fe. Así ocurre en la oración, que se inicia con un acto de fe, al que le seguirán actos de esperanza y de amor. Por eso clama una respuesta a la llamada de amor divino diciendo a Dios *¡Qué hermoso eres Amado mío! ¡Qué gracioso!*

La oración en su comienzo requiere admiración, asombro, sorpresa. Saber la propia peque-

ñez, que se puede entender como nada sin Dios; pero aun así, saberse bien amada. Por eso dice *me sorprende el regalo de tu amor*. Esa sorpresa es emoción en el corazón, descubrimiento en uno mismo de valores que desconocía, por eso le *maravilla saberse tan amada*, y pregunta en su desconcierto *¿qué ves en mí?* Respondiéndose sin duda *¿si no tu encanto?*

Esa sorpresa y asombro le emocionan y se inicia un movimiento de la voluntad que le lleva a *levantarse y tomar el camino de los montes*. Ya es consciente de que no puede permanecer en el valle de la comodidad, y debe emprender el camino a las alturas, aún no siendo consciente de las propias fuerzas. El movimiento reúne la inteligencia, la voluntad, el corazón, pero es suave porque le mueve el amor divino desde dentro. El Concilio Vaticano II expresa así esta riqueza del acto de fe aplicable al inicio del enamoramiento de la oración. «Cuando Dios revela hay que prestarle “la obediencia de la fe”, por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios prestando “a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad”, y asistiendo voluntariamente a la revelación hecha por Él. Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios, que proviene y ayuda, a los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de

la mente y da “a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad”. Y para que la inteligencia de la revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones» (*Dei Verbum*, n. 5). El creyente orante sabe que sabe poco, pero dice: *acudo a la primera llamada de tu voz, aunque te conozca poco*. Se sabe mirado con mirada amorosa y se sorprende, aunque comprende la presencia de Dios, no deja de mostrar cierta timidez, por eso dice el canto *Tu mirada sorprende mi pudor, me anima a levantarme tu insistencia*.

El final del poema concluye en plural, ¡*Vayamos!* Manifestando así que la oración es personal, pero no individual y que las almas enamoradas intentan comunicar a otros ese amor que les lleva al movimiento y a la aventura de la contemplación.



CANTO DE PRIMAVERA

Ya pasó el invierno,
las lluvias ya cesaron.

Quita ya la careta del ídolo,
que caiga la máscara del rostro,
que vuelen las hojas mortecinas

y las nieves pasen a ser ríos,
la higuera anuncia ya su fruto,
los naranjos regalan su fragancia,
tus respuestas no son ya indolentes.
Te mueves, te levantas...
y cazas las raposas y las serpientes,
ya la flor anuncia la esperanza,
y puedes exclamar en tu distancia:
¡Vuelve Amado mío! ¡Vuelve a tu gacela!,
que las flores abundan en tu amada.

3.I.2007

COMENTARIO

Al decir *ya pasó el invierno*, se expresa la esterilidad de la vida del que vive alejado de Dios. El frío hiela el alma, y el sinsentido del vivir es caminar sin la alegría de sembrar y experimentar el amor. Las dificultades toman otro cariz pues *las lluvias ya cesaron*.

Van desapareciendo las mentiras y las apariencias de un mundo que se disfraza en mil engaños. Se pasa de la mundanidad que lleva a pensar falsamente que el mundo es todo, a ver el mundo como creación de Dios. Ese mundo debe transformarlo el orante con su trabajo confiado. *Despare-*

cen las caretas y las máscaras y también la apariencia de bondad. Los frutos eran mediocres por falta de un verdadero amor que volase como *volaron las hojas mortecinas*. La vida del orante se advierte en la alegría y la prontitud ante lo costoso, en la facilidad para perdonar, la constancia en el trabajo, la paciencia ante lo que cuesta. Aunque aún sea débil: *la higuera comienza ya a dar fruto*.



PALOMA MÍA (CT 2,14)

Por entre las celosías llegaba la luz del sol,
sus delicados encajes protegían mi pudor,
cuando una sombra nueva ocultó luz y color.

Mira tú mi cámara secreta;
esa Iglesia viva de los siglos
abundante en tesoros de ciencia,
en saber antiguo y luz nueva,
en vino añejo y en vino joven;
con flores, jazmín y belleza.
Aquí estoy ¿puedo pedir algo más?

La sombra luminosa me miraba.
¿Serán sus ojos?

Cuando... ¿de pronto?

¡Su voz!

¡Paloma mía!

Mi nombre secreto,

inocente, mío,

lo usa mi Amado,

me está buscando,

para decirme mil cosas.

¡Escucha!

Querrá desvelar el velo,

para entrar más

adentro que los otros,

Ven y mírame a la cara, ¡despierta!,

busca el beso de mi boca, ¡gacela!

Dice mi Amado.

Me levanto, corro, subo, miro.

La sombra es luminosa, ¡Amor mío!

Luz de verdad, luz de amor, luz mía.

Todo su amor en palabra callada,

en la cámara secreta preparada,

para pasar rápido a la alcoba

de la amante unión total y entera.

12.2.2003

COMENTARIO

La oración, que comenzó con asombro e ingenuidad, va creciendo. «Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio. Vivimos entonces como cautivos, como prisioneros. Mientras realizamos con la mayor perfección posible, dentro de nuestras equivocaciones y limitaciones, las tareas propias de nuestra condición y de nuestro oficio, el alma ansía escaparse. Se va hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán. Se comienza a amar a Jesús, de forma más eficaz, con un dulce sobresalto» (*Amigos de Dios*, n. 295). Ese sobresalto dulce es un amor que es deseo, una presencia divina que se ve a lo lejos y se sabe ya presente. Por otra parte, Dios corteja al alma como el Esposo a la esposa, mirando *por entre las celosías*, pues aún hay temores y falta de seguridad en esa nueva libertad del alma que se sabe en amor, pero poco pleno. En su imperfección siente *pudor* y timidez.

La oración no es algo individual, aunque tampoco se refugia en el anonimato. No es algo secreto que poco tenga que ver con los demás. La oración es en y para la *Iglesia*. La Tradición de veinte

siglos favorece al alma orante con tesoros de oración y de doctrina junto a la seguridad en la verdad que le da el magisterio, por eso dice *abundo en los tesoros de ciencia, saber antiguo y saber nuevo, vino añejo y vino joven; flores, jazmín y belleza*. El arte de tantas generaciones y de artistas rezadores le ayuda con sus creaciones de música, pintura, escultura, templos, costumbres populares, en definitiva, de *belleza* que embriaga y permite al que reza no empezar desde el comienzo. El Canto tiene una exclamación de alegría ante esta situación y dice *¿puedo pedir algo más?*

La seguridad de la llamada suave y constante de Dios da nuevos elementos para que el amor crezca, pues le llama personalmente y de un modo elogioso: *¡Paloma mía!*, que además *es su nombre secreto*.

Aun así, quedan tantos restos de las costumbres antiguas, más o menos alejadas del amor pleno que necesita *desvelar el velo* para que *entre más adentro*. El alma desea conocer más a Dios, *mirar cara a cara, superar enigmas*, y percibe que aún no es muy perfecta y le falta *el beso de su boca*. Aunque ya reza con esa constancia tan necesaria para no quedarse en sentimentalismos y pendiente del propio gusto más que de Dios. Se pone en movimiento: *me levanto, corro, abro*. Debe tomar decisiones: retirar distracciones, controlar la imaginación, forta-

lecer la voluntad, ser dueño y no esclavo del cuerpo y tantas otras cosas para que Dios pueda *desvelar su amor en la palabra callada*, es decir, silenciosamente, pero con claridad. Dios habla en el interior del alma y también escucha *en la cámara secreta*, antesala de *la alcoba* donde el alma contemplativa pueda consumir el amor total expresado en el amor matrimonial por el Cantar de los Cantares.



HERIDA DE AMOR (CT 2,5)

Al llamarme bella me sorprendí,
pequeña margarita de los campos.
Al sentir tu amor sincero, te miré,
y no pude callar mi sentimiento.
Así nos colocamos frente a frente.
Sin rubores ni defensas, me entregué,
quedando de amor con dulce herida,
abrasada de fuego al recordarte,
atravesada por tu saeta escogida,
traspasada por el dardo encendido,
con suspiros sinceros noche y día,
sin poderte decir cosas hermosas,
pues gozo y dolor ya se han fundido,
y el resto ha perdido su atractivo,

sin saber, ni gustar, pensar y desear
más que a Ti, y tu mirar sorprendido,
recordando el perfume predilecto,
esperando vivir junto al manzano.

3.I.2007

COMENTARIO

En los comienzos de la vida espiritual se produce una sensación de asombro no pequeña al hacerse consciente el orante de que Dios le ama a él personalmente, no a la humanidad en general, a él en concreto, por eso dice el Canto: *Al llamarme bella me sorprendí*, pues es muy consciente de que sólo es una *pequeña margarita de los campos*. Ese descubrimiento asombroso conduce al orante principiante a intuir mejor que Dios es Amor y que le quiere de verdad, con amor gratuito, por eso eleva la mirada y, *al sentir tu amor sincero*, deja de mirar si es pequeño o grande, y clama *te miré, y no pude callar mi sentimiento*. La mirada intelectual y el asombro llegan al corazón produciendo el encuentro personal en que consiste la oración: *así nos colocamos frente a frente*.

Se superan falsas humildades, como decir que uno no es digno, cuando se comprende que Dios es el que hace digno al orante y le concede el don

de su amistad, por eso *sin rubores ni defensas, me entregué*, que es comienzo necesario de el enamoramiento, también entre Dios y el alma.

Ese amor en su comienzo produce como un dolor gustoso, como un placer doloroso, pues comprende el vuelo que se le propone dejando el suelo y las seguridades anteriores, que ya parecen poca cosa *quedando* el alma *de amor con dulce herida*. Con una sensación nueva *abrasada de fuego* y añade *al recordarte*, como si recordase con una memoria espiritual su existencia en la eternidad anterior al tiempo vivido, como dice san Agustín. Su afectividad experimenta vivir como *atravesada por tu saeta escogida*, la elección sin mérito propio; y así está *traspasada por el dardo encendido, con suspiros sinceros noche y día*, porque no es infrecuente que la experiencia nueva alcance también los sueños.

Sabe bien que no puede corresponder adecuadamente *sin poderte decir cosas hermosas*. Pero la herida y el gusto nuevo de rezar llevan a una sensación ambivalente *pues gozo y dolor ya se han fundido, y el resto ha perdido su atractivo*. La balanza de las valoraciones se va inclinando poco a poco. Lo que antes era importante se resitúa *sin saber, ni gustar, pensar y desear más que a Ti, y tu mirar sorprendido*. La memoria será importante cuando lo sensible anterior busque los derechos perdidos, y así, *recordando el perfume predilecto*, confía en vivir *esperando*

vivir junto al manzano que es el Árbol del encuentro de los esposos.



SI NO TE CONOCES (CT 2,8)

Si no te conoces, bella,
entre las mujeres, rosa,
seguirás las huellas de los rebaños,
caminarás perdida de ti misma,
pisarás inmundicias y fangales,
tu vestidura regia destrozada.

Al conocer tu hermosura,
bella entre las bellas, ¡Paloma!
Sentirás la mirada del esposo,
que te descubre lirio y flor.

Tú, que me eres cercana,
déjame que goce mi mirada
pues tus ojos son palomas
que vuelan blancas en el alba.

Permite que repita mi alabanza,
pues al verte escondida entre las flores
aprendí que tu belleza es toda mía.
¡Mira que eres hermosa! ¡Paloma mía!

2.I.2007

COMENTARIO

La vida de oración es un itinerario hacia el amor a Dios, y esto requiere humildad como la otra cara de la moneda. Si hay egoísmo no puede haber amor, si hay amor hay humildad. El comienzo de la humildad es el conocimiento propio, por eso dice el Cantar de los Cantares: *Si no te conoces, seguirás las huellas de los rebaños*. Aunque se tengan muchas cualidades humanas y sobrenaturales, incluso se sea fiel a la vida de oración y los sacramentos, es decir que sea *bella*, y *entre las mujeres, rosa*, se debe dar un avance concreto en este campo del conocimiento propio. Es difícil por la existencia de muchas capas que envuelven al yo más íntimo, aunque se haya superado el nivel más superficial.

La humildad es necesaria para superar el encerramiento en uno mismo que puede venir por pecados, o también por un buscar más la propia perfección que el amor a Dios. San Josemaría resalta el poder de la humildad para escuchar la voz de Dios venciendo el ruido producido por el barullo interior: «Humildad es requisito indispensable para disponerse a oír a Dios. *Donde hay humildad hay sabiduría* (Prov 11,2), explica el libro de los Proverbios. Humildad es mirarnos como somos, sin paliativos, con la verdad. Y al comprender

que apenas valemos algo, nos abrimos a la grandeza de Dios: ésta es nuestra grandeza» (*Amigos de Dios*, n. 95).

El conocimiento propio será como el comienzo de la humildad. Al conocimiento debe seguir la aceptación de las limitaciones y la donación generosa a Dios y al prójimo. Un primer paso es descubrir cómo se manifiesta el orgullo que reside en toda alma para evitarlo. «Cuando el orgullo se adueña del alma, no es extraño que detrás, como en una reata, vengan todos los vicios: la avaricia, las intemperancias, la envidia, la injusticia. El soberbio intenta inútilmente quitar de su solio a Dios, que es misericordioso con todas las criaturas, para acomodarse él, que actúa con entrañas de crueldad» (*Amigos de Dios*, n. 100). Por eso el Canto dice que sin ese conocimiento *caminarás perdida de ti misma, pisarás inmundicias y fangales, tu vestidura regia destrozada*.

Cuando se tiene un bajo nivel de humildad, el alma no tiene dominio de sí misma, no hace lo que quiere, sino lo que le dicta el orgullo carnal o el espiritual. Pisa suciedad y se rompe la vestidura de gracia, que se debe recomponer una y otra vez.

Estos destrozos producidos por la soberbia no impiden una visión positiva real. El alma del principiante se da cuenta de sus avances. El alma *al conocer su hermosura* es consciente de ser *bella en-*

tre las bellas, y cual *¡Paloma!*, tiene y da paz en su entorno, aunque sean frecuentes las tormentas, y su paz sea más la de un oasis que la de un mar en calma o la de un jardín. Saborea *la mirada del Esposo*, y en ella experimenta su cambio a mejor y se *descubre lirio y flor*. Escuchar las alabanzas divinas le lleva a experimentar una seguridad en sí mismo desproporcionada a su calidad interior. Pero Dios le dice íntimamente para que no decaiga: *Tú, que me eres cercana, déjame que goce mi mirada pues tus ojos son palomas que vuelan blancas en el alba*. De un modo más consciente se vive en la vida de oración lo que dice san Juan: «Nosotros amamos, porque Él nos amó primero» (1 Jn 4,19), es decir, no por los propios méritos, ni por las cualidades naturales, sino porque el Amor divino hace vivo el amor en el orante arrancando poco a poco las disposiciones mal dirigidas del amor propio. Dios puede decir al alma que empieza el camino: *aprendí que tu belleza es toda mía. ¡Mira que eres hermosa! ¡Paloma mía!* «La infinita misericordia del Señor no tarda en acudir en socorro del que lo llama desde la humildad. Y entonces actúa como quien es: como Dios Omnipotente. Aunque haya muchos peligros, aunque el alma parezca acosada, aunque se encuentre cercada por todas partes por los enemigos de su salvación, no perecerá» (*Amigos de Dios*, n. 104). Así va convirtiendo la buena volun-

tad en voluntad buena con frutos que son propios porque son de Dios que vive dentro del alma.

Entre los frutos de la humildad y el conocimiento propio destaca la alegría, «... os recuerdo que si sois sinceros, si os mostráis como sois, si os *endiosáis*, a base de humildad, no de soberbia, vosotros y yo permaneceremos seguros en cualquier ambiente: podremos hablar siempre de victorias, y nos llamaremos vencedores. Con esas íntimas victorias del amor de Dios, que traen la serenidad, la felicidad del alma, la comprensión» (*Amigos de Dios*, n. 106).

«No concedáis el menor crédito a los que presentan la virtud de la humildad como apocamiento humano, o como una condena perpetua a la tristeza. Sentirse barro, recompuesto con lañas, es fuente continua de alegría; significa reconocerse poca cosa delante de Dios: niño, hijo. ¿Y hay mayor alegría que la del que, sabiéndose pobre y débil, se sabe también hijo de Dios? ¿Por qué nos entristecemos los hombres? Porque la vida en la tierra no se desarrolla como nosotros personalmente esperábamos, porque surgen obstáculos que impiden o dificultan seguir adelante en la satisfacción de lo que pretendemos. Nada de esto ocurre, cuando el alma vive esa realidad sobrenatural de su filiación divina. *Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?* Que estén tristes los que se

empeñan en no reconocerse hijos de Dios» (*Amigos de Dios*, n. 108).



¿HABÉIS VISTO AL QUE AMA MI ALMA? (CT 3,3)

Estoy lejos de ti, amada mía,
necesitas la noche y las distancias,
olvidar el sabor de la fragancia,
el deleite de piropos amorosos.
Necesitas olvidarte de ti misma,
¡gacela!
No huir de los secretos del amor,
aprender a buscar en los vigías,
preguntar a los sabios y entendidos:
¿habéis visto al Amado de mi alma?
Te darán cien noticias y soflamas,
te reñirán por tus quejas dolorosas,
como si ellos supieran el camino,
buscarás en la ciudad sin encontrarme,
bajarás al negro pozo de Jacob,
tu angustia crecerá como una cueva,
las estrellas sólo te dirán: ¡existes!,
la luna mostrará de mí reflejos.
Sólo queda seguir, aunque no veas.

3.I.2007

COMENTARIO

Al conocimiento propio sigue el olvido de sí, que es otro aspecto de la humildad. Si el alma se queda solamente en conocer sus limitaciones, errores o pecados, puede entrar en un estado de tristeza y desánimo. Por eso es necesario alcanzar un conveniente olvido de sí, que no es despreocupación de todo, sino abandonar el cuidado de la propia alma en manos de Dios. El medio de alcanzar el olvido de sí no es fruto de un esfuerzo psicológico complicado e imposible. Lo alcanzará como un nuevo don percibiendo la distancia del Amado y sabiendo que Él le atrae desde su perfección. Por eso dice el canto *Estoy lejos de ti, amada mía, necesitas la noche y las distancias, olvidar el sabor de la fragancia, el deleite de piropos amorosos*. Despreocupándose de sí mismo se vive en paz aunque se sienta o no a gusto en la oración, se vibre o no, reciba luces o no. Pues la inquietud por saber el nivel de intimidad con Dios le separa de Él, *necesitas olvidarte de ti misma, ¡gacela!*

El olvido de sí y el «darse sinceramente a los demás es de tal eficacia, que Dios lo premia con una humildad llena de alegría» (*Forja*, n. 591); aunque «la humillación, el anonadamiento, el esconderse y desaparecer, deben ser totales, absolutos» (*Forja*, n. 592). Este nivel de humildad lleva

a que nada quite la paz: «¿Qué le podrá perturbar a quien tiene por deleite las injurias, pues sabe que no merece otro trato?» (*Forja*, n. 593), llegando a decir con verdad desde el fondo del corazón: «Jesús mío: lo mío es lo tuyo, porque lo tuyo es mío y lo mío lo abandono en Ti» (*Forja*, n. 594).

Aunque se podría alcanzar este nivel de humildad a solas con Dios, lo habitual es que se necesiten guías espirituales para aprender los *secretos del amor*, ayudada el alma a *buscar en los vigías y preguntar a los sabios y entendidos: ¿habéis visto al Amado de mi alma?*

Sin embargo, el camino de oración debe ser andado por uno mismo, teniendo los descubrimientos del mar Mediterráneo como algo propio, aunque otros hayan realizado la misma búsqueda y tengan sobrada experiencia. Los directores espirituales *darán cien noticias y soflamas, te reñirán por tus quejas dolorosas, como si ellos supieran el camino*. Pero no basta, pues la memoria es resistente y se embota con facilidad, es natural el ser terco, y también asentir externamente sin llegar a decir que sí con todo el corazón. De ahí que muchos intentos de mejora sean estériles: *buscarás en la ciudad sin encontrarme*. Se experimenta entonces una primera desazón propia del que pensaba que basta con el primer intento para alcanzar la altura, sin tener en cuenta que son necesarios muchos pa-

sos y vencer obstáculos exteriores e interiores desconocidos. Por eso dice el Canto: *bajarás al negro pozo de Jacob, tus angustias crecerán como una cueva, las estrellas sólo te dirán: ¡existe!* En esta primera dificultad la oscuridad no es total pues *la luna mostrará de mí reflejos* y se dan muchos consuelos, seguridad en sí mismo, luces en la inteligencia que parecen evidencias, una fe cada vez más fuerte y el mundo emotivo más sosegado. «La primera condición de la oración es la perseverancia; la segunda, la humildad.

—Sé santamente tozudo, con confianza. Piensa que el Señor, cuando le pedimos algo importante, quizá quiere la súplica de muchos años. ¡Insiste!..., pero insiste siempre con más confianza» (*Forja*, n. 535). Y el Canto concluye diciendo: *Sólo queda seguir, aunque no veas.*



TESOROS ESCONDIDOS

Te deseé como nunca
al aspirar tus perfumes,
al contemplar tus secretos,
tus tesoros escondidos
para mí.

El deseo ya es de fuego,
que al quemar aún arde más.
Me hace vibrar tu mirada,
me siento de amor herido.
¿Qué será escuchar tu voz?,
¿qué será tenerte siempre?,
si sólo al pensarlo muero.
Basta ya tu señal de humo,
el fuego arde aquí viviente,
ahora es amor sin velos,
aunque yo aún necesite,
al menos, cien mil zancadas.

7.2.2003

COMENTARIO

El inicio de la oración es la conversión a Dios en la fe. La continuación viene de la esperanza. De ahí que se diga: *Te desé como nunca*, pues los deseos de las cosas naturales cada vez se presentan con menos sustancia y atractivo al mejorar la visión sobrenatural de la vida. El deseo aumenta *al aspirar tus perfumes*, es decir, el aroma de la grandeza divina y de sus perfecciones contempladas en la meditación de la vida de Cristo y de los santos que atraen desde lejos al que no tiene el sentido

aturdido. La atracción intelectual también lleva al amor esperanzado pues *al contemplar tus secretos*, la luz enciende el corazón y se apartan las tinieblas de la ignorancia o de la mala voluntad. La mirada clara permite descubrir *tus tesoros escondidos* de una manera personal similar, pero no igual, a los de otros, por eso dice *para mí*. No hay dos santos iguales.

San Josemaría muestra con acierto el camino de la esperanza en la oración: «Hace ya bastantes años, con un convencimiento que se acrecentaba de día en día, escribí: *espéralo todo de Jesús: tú no tienes nada, no vales nada, no puedes nada. Él obrará, si en Él te abandonas*. Ha pasado el tiempo, y aquella convicción mía se ha hecho aún más robusta, más honda. He visto, en muchas vidas, que la esperanza en Dios enciende maravillosas hogueras de amor, con un fuego que mantiene palpitante el corazón, sin desánimos, sin decaimientos, aunque a lo largo del camino se sufra, y a veces se sufra de veras» (*Amigos de Dios*, n. 205). Si el primer paso de la esperanza es el deseo, el segundo será el encendido del corazón con el sentimiento de la esperanza unido a la virtud: *El deseo ya es de fuego, que al quemar aún arde más*. La posesión que se produce con la esperanza lleva a querer y desear mucho más, pues se tiene la certeza de que se puede alcanzar lo que se vislumbra. El orante sabe que

alcanzará la meta del amor de unión y de gozo por la ayuda omnipotente y amorosa de Dios Experimenta que Dios quiere que el alma alcance esa meta, si no se opone y persevera. Siente que *le hace vibrar tu mirada*, y se produce entonces una herida que ya será comentada en otro cántico, *me siento de amor herido*.

El alma se siente en el gozo del ya, pero todavía no. Crece en esa esperanza: *¿qué será escuchar tu voz?, ¿qué será tenerte siempre?, si sólo de pensarlo muero*. Y sabe, sin poderlo gustar aún, que lo que espera es mucho más que todo lo gustoso experimentado, pues *se acabaron señales y fogatas*. Presente el orante que la unión será *el fuego que arde aquí viviente, (...) amor sin velos*; y ese presentimiento le lleva a poner más empeño en conseguirlo apresurando el paso, pues *aunque yo aún necesite, al menos, cien mil zancadas*, sabe que si no se separa de Dios alcanzará mucho más por «ese suave don de Dios, la esperanza, que colma nuestras almas de alegría, *spe gaudentes*, gozosos, porque —si somos fieles— nos aguarda el Amor infinito» (*Amigos de Dios*, n. 206).



LA VOZ DEL AMADO (CT 2,8)

Susurro en las aguas,
ramas agitadas,
¡qué raro silencio!,
parece que escucha
viento vigilante.

Mas, no. ¡Es su voz!,
la voz del Amado
¿se aleja?,
¿me busca?
¿me llama?
¡Soy yo!, ¡no te vayas!
Voy, voy,
voy corriendo.
Ven, ven,
ven corriendo.

¡Es mi nombre!,
¡me busca!,
¡me llama!

¡Aquí estoy!

Y la voz que clama
buscando,
calla, y me mira

diciendo:
¡Al fin! ¡Tú!
Tú misma. ¡Sí!
Pero mucho más bella que antes.

8.2.2003

COMENTARIO

La fe y la esperanza descubren aspectos distintos de la vida de oración. Más clara es la influencia del amor en el alma orante. En realidad, fe, esperanza y amor son distintos, pero están unidos en el alma del cristiano. Se cree al que es Amoroso y no puede ni quiere engañar. Se espera en la omnipotencia del Amor divino. Se cree porque se ama al que es Bueno. Se espera porque Dios es bueno y respetando mi libertad no deja de prestarme su ayuda y su perdón misericordioso. Se ama al que se ve como bueno y se confía en su palabra. Se puede decir que en el caminar orante se oye la voz del Amado. Unas veces será como un sonido sin ruido de palabras en el hondón del alma; pero lo ordinario es encontrarle en las circunstancias de la vida con las cuales Dios habla con mil matices al que le busca, pues «no hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordi-

naria al Señor, o no lo encontraremos nunca» (*Conversaciones*, n. 114).

El autor del Canto hace suyas las palabras de san Josemaría cuando dice: «Esta doctrina de la Sagrada Escritura, que se encuentra –como sabéis– en el núcleo mismo del espíritu del Opus Dei, os ha de llevar a realizar vuestro trabajo con perfección, a amar a Dios y a los hombres al poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese *algo divino* que en los detalles se encierra. ¡Qué bien cuadran aquí aquellos versos del poeta de Castilla!: *Despacito, y buena letra: el hacer las cosas bien importa más que el hacerlas*. Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria» (*Conversaciones*, n. 116). Por eso dice que le encuentra en el *susurro de aguas*, y también en las *ramas agitadas*, convirtiéndose el ruido y ajetreado vivir en el mundo en un *raro silencio* pues está en el interior aunque falte en el exterior. Coexiste con agitaciones y rumores

interiores que casi impiden escuchar la voz de Dios. El alma que quiere ser contemplativa *parece escuchar vigilante la onda del viento*, aunque viva en medio de la agitación que no le quita la paz del alma.

Sin embargo, conviene distinguir la voz de Dios de la de los propios caprichos o histerismos, del pecado y de los mismos demonios. La voz de Dios se distingue de las falsas voces porque no se pierde la paz y los frutos son buenos, especialmente el de la obediencia. De ahí que el Canto diga: *Mas, no. ¡Es su voz!, la voz del Amado ¿se aleja?, ¿me busca?, ¿me llama? ¡Soy yo!, ¡no te vayas! / Voy, voy, voy corriendo. Ven, ven, ven corriendo.* Cuando se sabe y se entiende que la voz es de Dios se agiliza el movimiento hacia Él.

La voz de Dios se adapta a la persona, pues no siempre el diálogo es igual, ni son necesarias las mismas palabras, ni el mismo decir se entiende del mismo modo cuando hay luces nuevas. Muchas veces el diálogo consiste más en escuchar que en hablar, más en amar esperanzado que en lucha heroica. Dios se adapta al momento de cada alma, la llama por su nombre secreto, por eso dice el Canto: *¡Es mi nombre!, ¡me busca!, ¡me llama!* La alegría lleva dar pasos alegres adelante: *¡Aquí estoy!* Creciendo la confianza y el entendimiento que deben recordarse para los momentos en que

no se sienta nada, pareciendo al no prevenido, que Dios no habla; pero *la voz que clama buscando, calla, y me mira, diciendo: ¡Al fin! ¡Tú! Tú misma. ¡Sí!* Haciendo patente al orante la realidad de su avance pues es *mucho más bella que antes.*

II. Los esposos se buscan

BUSQUÉ AL QUE AMA MI ALMA,
Y NO LO HALLÉ (CT 3,1)

En mi lecho dormía confiada,
el olor de mi amor me embriagaba,
gustando el sabor de lo esperado;
mas, ¡necia!, poco sabía de amor.

*Por la noche busqué al que ama mi alma,
y no lo hallé.*

¿Pero no estaba yo enamorada?,
¿no sentía la fragancia de tu amor?,
¿no gustaba el sabor de tus elogios?,
¿por qué no estás aquí conmigo?,
¿dónde estás?

El amor se sacia de presencia,
y Tú..., Tú te has ido.

COMENTARIO

Mientras hay lucha hay vida interior. La falta de lucha lleva a un grave enemigo de la vida del orante: la tibieza. Es clásico en la predicación espiritual recurrir a la advertencia a la Iglesia de Laodicea recogida en el Apocalipsis: «Conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Así, porque eres tibio y no eres ni caliente ni frío voy a vomitarte de mi boca. Porque dices: Soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad, y no sabes que eres un desdichado y miserable, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que compres de mí, oro acrisolado por el fuego para que te enriquezcas, túnicas blancas para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez, y colirio con que ungir tus ojos para que veas. Yo, a los que amo, reprendo y castigo. Ten, pues, celo y arrepiéntete» (Apoc 3,15-19). El alma percibe que no tiene faltas graves y que se esfuerza en cierta vida de piedad. Entonces se confía en el estado adquirido, por eso dice el Canto: *En mi lecho dormía confiada*. Encuentra cierto deleite en las buenas obras realizadas, *el olor de mis amores me embriagaba*; olvidándose un tanto de que es un don de Dios y que sin él no puede nada. Piensa, equivocadamente, que ha alcanzado la meta y la coloca más en el cumplimiento que en

el amor. *Gustando el sabor de lo esperado*; no tiene en cuenta lo que queda por conseguir y piensa que lo ya conseguido es la meta final, *mas, ¡necia!, poco sabía del amor.*

De ahí que surja una inquietud cuando quiere saborear el amor de la presencia y comprueba que no siente a Dios dentro de sí, aunque se sepa en estado de gracia. *Por la noche busqué al que ama mi alma, y no lo hallé.* Esta primera noche de los sentidos interiores es distinta de la experimentada al quitarse los vicios o los caprichos de los sentidos, pero no está exenta de inquietud y angustia. Se le puede aplicar lo dicho también por el Apocalipsis a la iglesia de Éfeso: «Conozco tus obras, tu fatiga y tu constancia; que no puedes soportar a los malvados y que has puesto a prueba a los que se dicen apóstoles y no lo son, y los encontraste mentirosos; que tienes paciencia y has sufrido por mi nombre, sin desfallecer. Pero tengo contra ti que has perdido tu primera caridad. Recuerda, pues, de dónde has caído, arrepíentete, y practica despacio las obras de antes. De lo contrario, iré a ti y removeré de su lugar tu candelabro, a no ser que te conviertas» (Apoc 2,2-5). Se ha perdido el entusiasmo del primer amor, de la primera caridad, del primer enamoramiento, quedando el plan de oración vacío de presencia amorosa. No falta fe, pero ha cedido la esperanza y la caridad.

La oración primera estaba llena de ilusión, quizá demasiado humana y con faltas de rectitud de intención. Se introducían imperfecciones como hacer las cosas para agradar a los que le forman, o seguir el ejemplo de un amigo, o estar a la altura de un grupo, o estar contento con uno mismo. Esa grieta se va transformando en aburrimiento. Aparece una desgana que lleva a faltas de cumplir con lo previsto, dejadez imposible en el grado de encendimiento. No se transmite el fervor a los que le rodean y se van añadiendo compensaciones banales en los sentidos, en el ver, oír, distraerse, comer por capricho, jugar con las tentaciones sin cortar con decisión, faltas de sinceridad con uno mismo y en la dirección espiritual, pensar que no pasa nada si dejas esto o tomas lo otro. En definitiva, se entibia el amor primero, sin perderlo del todo. Se tiene oro, pero sucio, lo envilecen mil miserias. Como dice el autor en otro lugar, se dan unas manifestaciones no queridas: «... sólo piensas en ti, tus palabras te envanecen, te quejas, las fronteras se deslizan, eres vago, y trabajas demasiado, rezas poco, la vista se te va, la fantasía vuela, eres rencoroso, estás inquieto, eres resentido y aún te lamentas con esa queja amarga que mancha muchas honras. Te pesa el oratorio, nada te dice nada. Te quejas de las leyes, y las burlas. ¡Ojalá eso fuese lícito! Ni una palabra de amor, ni un encendimiento» (*Voces calladas*).

La sorpresa viene cuando se quiere experimentar de nuevo lo que antes se tuvo... y no se puede, *¿pero no estaba yo enamorada?* Es consciente de que había conseguido muchas virtudes y perfecciones, *¿no sentía el amor de la fragancia?* Los demás también advertían el cambio y la mejora desde que comenzó la vida de orante, *¿no gustaba el sabor de los elogios?* El asombro es grande al advertir que, sin darse cuenta, ha perdido mucho y le parece haber perdido mucho más, *¿por qué no estás conmigo?, ¿dónde estás?*

Para curar una enfermedad, también en las del espíritu, es necesario un buen diagnóstico. La enfermedad es la debilidad de la esperanza y el amor. Esa debilidad lleva al decaimiento en la lucha primera. La salida está en recuperar: *El amor se sacia de presencia*. Aunque sea verdad que *Tú...*, *Tú te has ido*; sólo con decir Tú por encima del yo, se comienza el camino de subida y recuperación de la presencia que todo lo cura. La solución vendrá de acrisolar el oro con el fuego.



¡LA VOZ DEL ESPOSO! (CT 2,8)

La gacela herida gozaba y sufría,
nada le decía el canto de fiesta,
oía rumores, celaba noticias
del Esposo Amado, lejano ¡Ven, ya!
Oteaba el viento, libre mensajero,
en el mediodía subía a la torre
y nada veía salvo polvareda.
Distinguía viento y tormenta.
Brincó la gacela al oír su aroma,
con la brisa suave ¡*La Voz del Esposo!*
La espera paciente fue todo correr,
Él está allí, cerca, cerca, aquí.
Corramos, no tardes, me llama
¡¡¡Esposa!!!

COMENTARIO

Ante la pérdida del entusiasmo característico de la conversión y de la vocación generosamente seguida, el alma vive en cierto desconcierto. Como *la gacela herida gozaba y sufría*. Le sorprende el entusiasmo de otros que siguen el mismo camino y lo viven con gozo externo, *nada le decía el canto de fiesta*. Busca salir de esta situación, sin saber demasiado cómo hacerlo, pero lo intenta, le gusta

acudir a meditaciones, leer libros, escuchar experiencias. Con frecuencia le llaman más las vivencias extraordinarias de muchos libros de santos que la vida santa ordinaria, pero *oía rumores y celaba noticias del Esposo Amado, lejano* diciéndole *¡Ven, ya!* Quizá más preocupada por su desánimo que por vivir un amor cueste lo que cueste. Aun así *oteaba el viento, libre mensajero. Subía a la torre en el mediodía y nada veía salvo polvareda.* Hasta que descubre que el deseo, y el deseo de tener deseos le dan fuerzas. El Canto así lo señala: *el deseo distinguía vientos y tormentas.* Aprende la diferencia entre espera y esperanza.

En ocasiones, es la aspereza del camino la que lleva al desaliento, y también las contradicciones que vienen de fuera. «Es posible que, ya desde el principio, se levanten nubarrones de polvo y que, a la vez, empleen los enemigos de nuestra santificación una tan vehemente y bien orquestada técnica de terrorismo psicológico –de abuso de poder–, que arrastren en su absurda dirección incluso a quienes, durante mucho tiempo, mantenían otra conducta más lógica y recta. Y aunque su voz suene a campana rota, que no está fundida con buen metal y es bien diferente del silbido del pastor, rebajan la palabra, que es uno de los dones más preciosos que el hombre ha recibido de Dios, regalo bellísimo para manifestar altos pensa-

mientos de amor y de amistad con el Señor y con sus criaturas, hasta hacer que se entienda por qué Santiago dice de la lengua que es *un mundo entero de malicia*. Tantos daños pueden producir: mentiras, denigraciones, deshonras, supercherías, insultos, susurraciones tortuosas» (*Amigos de Dios*, n. 293).

En este estado de ánimo se ha introducido la tiniebla exterior en la acogedora luz de hogar en que vivía. Pero comienza la recuperación como un amanecer: *con la brisa suave brincó la gacela al oír su aroma, ¡La Voz del Esposo!* No es la presencia, sólo es el aroma al que sigue la Voz, pero ya le basta, y la alegría la llena en esa visitación en la que, por ser consciente de la ausencia, es más alegre el esperado reencuentro. «Con la claridad de Dios en el entendimiento, que parece inactivo, nos resulta indudable que, si el Creador cuida de todos –incluso de sus enemigos–, ¡cuánto más cuidará de sus amigos! Nos convencemos de que no hay mal, ni contradicción, que no vengan para bien: así se asientan con más firmeza, en nuestro espíritu, la alegría y la paz, que ningún motivo humano podrá arrancarnos, porque estas *visitaciones* siempre nos dejan algo suyo, algo divino. Alabaremos al Señor Dios Nuestro, que ha efectuado en nosotros obras admirables, y comprenderemos que hemos sido creados con capacidad para poseer

un infinito tesoro» (*Amigos de Dios*, n. 305). En esta nueva situación el alma orante, aunque entibiada, recupera el pulso, y lo que fue *espera paciente* se convierte en *todo correr*, pues ya no lucha sola, *Él está allí, cerca, cerca, aquí*. Y con el ánimo recobrado vuelven todas las virtudes más encendidas que en el comienzo del primer amor, y dicen a coro: *Corramos, no tardes*, pues sabe que el Esposo *le llama* por su nombre nuevo y le dice *¡¡¡Esposa!!!*



CAZARÉ LAS RAPOSAS Y FLORECERÁN LAS VIÑAS (Ct 2,15)

La viña es el hogar de los esposos,
con su porche sombreado de parrales,
fecunda de racimos en agosto,
prometiendo en vendimias soleadas,
la alegría del vino de las bodas.

Recuerda las labores de la viña,
podando los sarmientos uno a uno,
alimento del fuego en el invierno,
labrabas, expurgabas y rezabas.

Más vinieron astutas raposillas,
pequeñas, graciosillas y glotonas,

se comían aquí y allí la viña.
Defiende la vendimia de la esposa
¡Cázalas! ¡Corre! ¡Vuela! ¡Vigila!
Para celebrar bodas florecidas.

2002

COMENTARIO

La experiencia de la tibieza es dura para el alma orante. Ahora ya sabe que no basta con el entusiasmo primero, pues puede venir la tristeza y la duda con una parálisis pantanosa que hace inútiles los esfuerzos. Necesita una maroma fuerte y ayuda de arriba para salir del pozo. No basta con el diagnóstico general, conviene concretar las grietas y fisuras, los malos planteamientos, rectificar la intención, mejorar la calidad del amor que siempre puede crecer. Un primer paso estará en el examen de conciencia, como dice san Josemaría: «Ya sé que evitas los pecados mortales. –¡Quieres salvarte! –Pero no te preocupa ese continuo caer deliberadamente en pecados veniales, aunque sientes la llamada de Dios, para vencerte en cada caso. –Tu tibieza hace que tengas esa mala voluntad» (*Camino*, n. 327). Si algunas enfermedades, como la sensualidad, son fáciles de captar, menos

fáciles son las del espíritu, como ocurre con el resentimiento. Como dice el autor a un alma tibia: «Eres un resentido, / probaste el amor / y no has querido / ser generoso y entregarte. / Ahora envidias los fervores/de esos que parecen poca cosa. / No entiendes su entusiasmo,/pues no amas, / Vuelve al amor, / sana tu corazón, / vive la entrega, y ya no serás un resentido».

No basta con la esperanza de la boda para vivir en el gozo fiel del amor maduro. Tampoco basta solamente el recuerdo, de aquella *viña hogar de los esposos, con su porche sombreado de parrales, fecunda de racimos en agosto, prometiendo vendimias soleadas, y la alegría del vino de las bodas*. El amor se vive en presente, no basta ni el feliz pasado, ni el alegre futuro deseado. Y el presente no es pasivo, requiere esa lucha que hace exclamar a san Josemaría: «¡Qué poco amor de Dios tienes cuando cedes sin lucha porque no es pecado grave!» (*Caminos*, 328).

El recomenzar a luchar se canta así: *Recuerda las labores de la viña, podando uno a uno los sarmientos, alimento del fuego en el invierno, labrabas, expurgabas y rezabas*. En el trabajo de poda se requiere paciencia, poner el remedio, cortar los defectos, cuestión más necesaria aún que adquirir grandes virtudes, aunque vayan muy unidas. La confesión sincera, el dolor de corazón ante lo que parecía pe-

queño. Y, sobre todo, ser consciente de que «los pecados veniales hacen mucho daño al alma» (*Camino*, n. 329). Debe valorarse la disminución del fuego de la caridad, aunque no se encuentre en la desgracia de no vivir en estado de gracia ante Dios. «¡Qué pena me das mientras no sientas dolor de tus pecados veniales! –Porque, hasta entonces, no habrás comenzado a tener verdadera vida interior» (*Camino*, n. 330).

El remedio de la tibieza está en espantar o cazar *las astutas raposillas, pequeñas, graciosas y glotonas, que se comían aquí y allí la viña*. La atención a las cosas pequeñas, después de los grandes comienzos, es vital. Esas cosas pequeñas están siempre a mano y son alcanzables a las fuerzas del que sólo sabe saborear leche espiritual, como un bebé, y todavía no puede alimentarse de comidas de hombre maduro y fuerte.

De ahí que sea tan importante una lucha bien concreta *¡Cázalas! ¡Corre! ¡Vuela! ¡Vigila! Defiende la viña de la esposa para celebrar bodas florecidas*. En esa caza de las raposas tiene que ser valiente para no confundir el propio carácter o temperamento con lo que son defectos claros. «Eres tibio si haces perezosamente y de mala gana las cosas que se refieren al Señor; si buscas con cálculo o “cuquería” el modo de disminuir tus deberes; si no piensas más que en ti y en tu comodi-

dad; si tus conversaciones son ociosas y vanas; si no aborreces el pecado venial; si obras por motivos humanos» (*Camino*, n. 331). Se advierte si el pensamiento gira siempre, o casi siempre, en torno a uno mismo. Si se esconde ante los trabajos incómodos. Si no puede privarse de compensaciones en tener cosas y sentir el afán consumista de poseer lo último. Si no se habla más que de uno mismo, sin hacer esfuerzos por comprender a los demás y darles conversación, o simplemente escucharles. Si no hay reacción ante mentiras, exageraciones, miradas impuras no del todo consentidas. Si se juega con la tentación, aunque se acabe apartando. Si se deja llevar por la vanidad con personas de otro sexo. En definitiva, si falta rectitud de intención.



EL INVIERNO HA PASADO (CT 2,11)

Crecen para adentro, decías;
contemplando la alfombra de nieve.
Crecían, sí, muy hacia dentro,
pero, fuera, vientos, borrascas,
tempestades y noches increíbles,
con todos sus negros nubarrones.

Pero pasó, el invierno pasó.
Rebrota la vida en las veredas,
Los caminos se hacen carreteros.
Y allí, a lo lejos, muy cerca,
estás Tú, sonriendo,
cubierto de flores,
con anillos de bodas,
cantando y diciendo:
¿Lo ves?
El invierno ha pasado.

8.2.2003

COMENTARIO

El fruto de la lucha contra la tibieza es la maduración en el amor. Crecen las raíces prometiendo árboles frondosos y frutos maduros. *Crecen para adentro, decías; contemplando la alfombra de nieve. Crecían, sí, hacia dentro.* Por eso la actitud ante las contrariedades y dificultades cambia, aunque existan *fuera vientos, borrascas, tempestades, noches increíbles, temores y miedos.* Se sabe con una certeza nueva, basada en la experiencia, que todo pasa si se persevera, y *pasó, sí pasó, el invierno pasó.*

La vida de los comienzos ha cambiado, pues la memoria ha aprendido a luchar ante el descon-

cierto y el desaliento interiores y contra las primeras dificultades exteriores. Por eso dice el Canto: *Rebrota la vida, surgen las veredas, los caminos son anchos*. La presencia de Dios es la fuerza real que anima más a la lucha, sin Él sería un esfuerzo titánico, pero mal dirigido. Se pretendería una perfección humana y eso conduce a nuevas trampas perdedoras. No se trata de eso, sino de mejorar el amor a Dios. De ahí el clamor: *allí, a lo lejos, muy cerca, estás Tú, sonriendo, cubierto de flores, con anillos de bodas, cantando y diciendo: ¿Lo ves? El invierno ha pasado.*



COMPRAR (CT 8,7)

Si quisiera comprar tu amor
sería un loco, un pobre
miserable y despreciable.
Tu amor requiere otro comercio,
Yo en ti y tú en Mí. ¿Te atreves?

2.I.2007

COMENTARIO

La vida de oración es un admirable comercio. Dios se entrega al orante y el orante puede y debe aprender a entregarse. El amor tiene niveles que se alimentan entre sí. Edith Stein señala que «salir de sí mismo es de la esencia del ser espiritual» (*La estructura de la persona humana*). El amor humano puede desplegarse como *eros* (deseo) o como *agapé* (donación efusiva). El *eros* es un desencadenamiento sin límites hacia algo que se necesita; es el deseo propio de la pobreza. El nivel siguiente es *agapé*, amar desde la sobreabundancia. El *eros* estimula energías anhelantes; el *agapé*, en cambio, promueve energías desbordantes.

Sin embargo, amar no es vivir condenado a sufrir, más bien al contrario. No se puede decir que amar sólo sea verdadero cuando se prescinde de todo gozo, la realidad es más compleja. La clave es superar el egoísmo, pero desear la felicidad como consecuencia del amor es parte necesaria del amor, tanto es así, que se puede ser feliz en el sufrimiento. El amor principiante, llamado *eros*, necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle pregonar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser. Hace falta una purificación y maduración,

que incluyen también la renuncia. «*Esto no es rechazar el eros ni “envenenarlo”, sino sanearlo para que alcance su verdadera grandeza*» (*Deus caritas est*, nn. 3-5). La reducción del amor a sólo eros como deseo apremiante; reduce el mismo eros, que también es admiración. El verdadero comienzo del amor personal comienza en la admiración, no el deseo de posesión. El solo deseo mira la propia necesidad, real o artificial, y en ese deseo, que necesita ser satisfecho pronto, ya no percibe las fases siguientes. Así engendra un empobrecimiento, un vacío por insuficiencia. El amor se ha quedado en egoísmo, y no es ni plenitud humana, ni madurez. La persona humana tiene que madurar, y madurar es aprender a amar, a dar, a darse y dar ser.

El *agapé* es más rico, pues es dar o, incluso, darse, pero desconoce que el amado también necesita ser amante, que también puede y necesita dar y darse. El que ama con este amor quiere que el amado sea feliz. El amor de *agapé* está en el buen camino pues hace crecer a la persona que ama, pero también es insuficiente. Aunque amar también es dejarse amar por quien es digno; sin ello se daría un orgullo oculto con abundante sequedad. Ahora bien, los dos niveles de amor se alimentan mutuamente. Al amar para que el otro sea feliz, yo también soy feliz con un tipo de alegría real y distinta de la egoísta. Y, a su vez, cuando soy feliz

amando, me hago capaz de amar con entrega más generosa. Pero falta algo, pues podría esconderse cierto buscarse a sí mismo en la vida amorosa. Por eso dice el Canto: *Si quisiera comprar tu amor sería un loco, un pobre miserable y despreciable.*

¿Qué falta pues? El amor de comunión perfecta entre el orante y Dios. *Tu amor requiere otro comercio, Yo en ti y tú en Mí. ¿Te atreves?* La unidad de Dios es una comunión de tres Personas que se aman infinitamente y son distintas. De ahí viene que la cumbre de la oración sea la unión de comunión con Dios. El amor descubre así sus matices que también podemos descubrir en el ser personal del ser humano. De modo que en este nivel de oración –ya muy amorosa– se deba vivir, sobre todo, de esperanza.



EL PRADO (CT 1,7)

*Indícame tú, amor de mi alma,
dónde apacientas el rebaño,
necesito tus silbidos amorosos,
tu seguro caminar entre barrancos,
el alimento apacible entre los prados.
El canto de tu voz me da sosiego,*

no permitas malos pastos asesinos,
evítame la yerba venenosa;
igual, casi igual, a la yerbabuena.
Dime ya si la yerba está madura,
o mata el corazón de una mirada.
Rodéame ya de mil ángeles fieles
que me guarden de lobos silenciosos.
Allí iré contigo ¡Pastor bueno!,
a pacer entre azucenas y dulzuras.

2.1.2007

COMENTARIO

Indícame tú, amor de mi alma, dónde apacientas el rebaño, pues el alma necesita alimento continuo. Primero, porque o crece o muere. En todo ser vivo el equilibrio es de crecimiento o de decadencia, así sucede en el cuerpo y también en el alma.

Este alimento viene por la seguridad de la presencia divina, aunque no se sienta de un modo sensible: *necesito tus silbidos amorosos*. Pero también es guía y aviso ante los peligros y tentaciones que vienen a todo ser humano, más aún cuando no se limita a caminar por los valles, sino que apunta a la cumbres. De ahí que necesite *tu caminar seguro entre barrancos, el alimento apacible entre los prados. El canto de tu voz que me sosiega*.

Un peligro grande es confundir la buena y la mala doctrina, que no pocas veces se disfrazan del mismo vestir. Por ello clama el orante: *no dejes que encuentre malos pastos, evita la yerba venenosa; igual, casi igual a yerbabuena*. No se puede olvidar que siempre han existido falsos doctores y falsos profetas; es más, la Iglesia ha crecido en medio de herejías no pequeñas.

Otro peligro puede ser tomar alimento demasiado fuerte para el paladar del orante, o comer poco. *Dime ya si la yerba está madura, o mata el corazón de una mirada*. Pues una pequeña herida en algo vital puede hacer enfermar la vida de oración. El Canto suplica ayuda divina y humana ante los diversos peligros en su crecimiento deseado y no conseguido plenamente. *Rodéame ya de mil ángeles fieles que me guarden de lobos silenciosos. Allí iré contigo ¡Pastor bueno!, a pacer entre azucenas y dulzuras*.



¿DÓNDE PASTOREAS EN LA SIESTA? (CT 1,17)

*¿Dónde pastoreas en la siesta,
cuando el sol asciende al mediodía
y se suman las horas luminosas?*

Cuando los prados llaman al descanso
allí contigo, pararé, no solo,
para estar, sin más, adormilado,
lejos de mis noches esponsales,
a plena luz, buscando, protegido.

Que no vaya andando errante
a otros prados y parajes
que no siga a otros pastores,
compañeros, sí, más no tú,
pues busco prados y la paz
por sentirme ya en tu presencia,
por sentir tu mirada generosa,
para mirar tu honda y tu cayado,
para subir a tus hombros agotado,
para dormir allí junto a Ti mismo.

2.I.2007

COMENTARIO

No es lo mismo caminar a ciegas o en penumbra, que andar a plena luz. El Cantar de los Cantares pregunta *¿Dónde pastoreas en la siesta?*, y el Canto añade *¿cuando el sol asciende al mediodía y las horas luminosas van sumando?* Se indica así dónde encontrar la luz para correr, más que caminar, en los tiempos luminosos y de paz interior y exterior.

Con la paz de esa situación incluso puede ser oración el necesario descanso, pues no se puede estar en tensión continua. El arco tendido siempre no podrá disparar la flecha cuando sea necesario. *Cuando los prados animan al descanso pararé, allí contigo ya no solo, para estar, sin más, adormilado; aunque no esté muy cerca del amor de unión plena lejos de noches sponsales, pero a plena luz, buscando, protegido.*

El que se encuentra ya en un nivel probado de oración se sabe capaz de equivocaciones, descambros y descaminos, por eso pide: *Que no vaya yo andando errante a otros prados y parajes.* Aunque hay muchos caminos de espiritualidad válidos en la Santa Iglesia promovidos por el Espíritu Santo, conviene no caer en la tentación curiosa de probar todo y confundirse con exceso de cosa buena, *que no siga a otros pastores compañeros tuyos, más no tú.* La curiosidad puede hacer daño, es necesaria una actitud que los latinos llamaron *studiositas* y se puede traducir como curiosidad sana, no por afán de novedades, que nunca queda saciada. Para eso conviene recordar que la meta es la unión con el Pastor bueno, *pues busco los prados y la paz, por sentirme seguro en tu presencia, experimentando la tranquilidad de la contemplación en la vida ordinaria, es decir, sentir tu mirada al soslayo para mirar tu honda y tu cayado, para subir a tus hombros agotado,*

para dormir allí junto a Ti mismo; realidades que parecen cotidianas y nada extraordinarias, pero que son lugar de contemplación.



APENAS LOS PASÉ, CUANDO ENCONTRÉ (CT 3,4)

*Apenas los pasé, cuando encontré
al que ama mi alma.*

Ahora sí entiendes ¡mi gacela!,
que los caminos se andan paso a paso,
que no bastan consejos entendidos,
ni soflamas, ni libros, ni retiros.
O te entregas del todo, sí del todo,
o no tendrás el gozo del encuentro,
mayor que el primero, ¡es increíble!

Lo abracé y no le soltaré.

¡Ingenua! Suelta ya,
me abrazas por ti y no por mí,
no sabes casi nada del amor,
¡suelta ya!, no me impacientes,
que te quiero, sí te amo,
pero debes aprender
¡suéltame ya!

3.I.2007

COMENTARIO

Existen muchos caminos de oración. Cada uno se basa en una experiencia vivida de lo vivido por el que lo inició. De ahí viene un modo de alimentarse, atención a peligros externos o internos etc. Pero el camino lo debe andar cada uno de un modo insustituible y posee matices personales únicos. Esa riqueza personal única requiere el arte de la prudencia, pues lo que quizá es válido para uno no lo es para otros. La oración y la dirección de almas son un arte, no una técnica inflexible. Además nunca coinciden las circunstancias de uno con otro, aunque se parezcan. El Cantar dice: *Apenas los pasé, cuando encontré al que ama mi alma.* Y el Canto corrobora la voluntad personal de entender y querer de un modo único e irrepetible: *Ahora sí entiendes ¡mi gacela!, que los caminos se andan paso a paso, que no bastan consejos entendidos, ni soflamas, ni libros, ni retiros. O te entregas del todo, sí del todo, o no tendrás el gozo del encuentro, mayor que el primero, ¡es increíble!*

Este segundo encuentro del alma con Dios, que bien puede ser el tercero o más, es tan fuerte que crece el deseo de la unión con más fuerza, con el secreto temor de volverle a perder por la propia negligencia, *lo abracé y no le soltaré.* Aunque tenga que escuchar una nueva corrección dolorosa, pero

necesaria, para que no se mueva sólo por interés, sino por un amor a la medida del Amante. *¡Ingenua! Suelta ya, me abrazas por ti y no por mí, aún no sabes casi nada del amor, ¡suelta ya!, no me impacientes, que te quiero, sí te amo, pero debes aprender ¡suéltame ya!*



BÉSAME CON EL BESO DE TU BOCA (CT 1, 7.12)

*Bésame con el beso de tu boca,
ya no bastan miradas y caricias,
ni me llenan perfumes olorosos,
ni misivas enviadas de lo lejos,
ni profetas, directores, ni tus curas.
pues yo deseo besar tu propia boca,
la que nombra el Verbo alado: Yo te amo,
la que canta el Himno enamorado,
la que sabe hablar en el Silencio.
¿Hasta cuándo esperaré tus besos?
Deliciosos cual vino son tus amores,
de aromas exquisitos tus perfumes,
pero tu nombre es más que tus anuncios,
y sólo tu presencia es vida mía.
Ven, amado mío, salgamos al campo,
pasemos la noche en las aldeas,*

*madruguemos para ir a las viñas,
allí te daré mis amores.
¡Oh, amado mío! Los guardé para Ti.*

2.1.2007

COMENTARIO

Para ser un orante que quiere ser contemplativo es necesario ser un varón de deseos, como el profeta Daniel. Tener una pelea amorosa con Dios como Jacob. Porfiar con sus planes como Abraham. Aunque se viva una obediencia gustosa, el alma nunca puede quedar saciada en esta tierra.

Bésame con el beso de tu boca, es la audaz petición de la esposa del Cantar de los Cantares que el orante hace suya, pues *ya no bastan miradas y caricias, ni me llenan perfumes olorosos, ni misivas enviadas de lo lejos, ni profetas, directores, ni tus curas. Pues yo deseo besar tu propia boca. La que nombra el Verbo: Yo te amo. La que canta Himnos enamorados, la que sabe hablar en el Silencio.* El recogimiento es necesario, aun viviendo en medio del ruido de la calle y las inquietudes de la vida social y laboral. Cada uno debe seleccionar y defender sus momentos de silencio en la meditación, en retiros, en días de retiro. Y allí, escuchar el silencio. Pues del silencio

surge nuestra palabra interior y del Silencio eterno el Padre habla su Palabra, que es el Hijo, y llena el corazón de los fieles besándoles con el Beso, que es el Espíritu Santo. El Canto hace suya esta necesidad y dice: *¿Hasta cuándo esperaré tus besos? Deliciosos como vino tus amores, de aromas exquisitos tus perfumes, pero tu nombre es más que tus anuncios, y sólo tu presencia es vida mía.*

Y la Esposa del Cantar de los Cantares suplica: *Ven, amado mío, salgamos al campo, pasemos la noche en las aldeas, madrugemos para ir a las viñas, allí te daré mis amores. ¡Oh, amado mío! Los guardé para Ti.*



LO LLAMÉ Y NO ME RESPONDIÓ (CT 5,2)

*Yo duermo, pero mi corazón vigila.
No me asustan los días ni las noches,
la certeza de tu amor es mi alegría,
y cerré el postigo negligente,
a pesar de oír llamadas insistentes.
Me dejaba querer como una esquivada,
jugaba con el amor como una niña.*

*Al final abrí a mi Amado
y ya no estaba,
se había marchado.*

Se me escapó el alma por las rejas,
lo busqué, sí, y no lo encontré,
no bastaron antiguas experiencias,
ni luces y fervores anteriores.
Niebla son los amores negligentes.
Lo llamé y no me respondió.
¿Ya no me ama?,
¿todo fue nada?,
¿se extinguió el fuego?,
¿es culpa mía?
No entiendo nada.

3.I.2007

COMENTARIO

Aunque ya sea rico en experiencia, el orante no sabe todo. Debe despojarse de algo que no puede conseguir por su propio esfuerzo: los restos del amor propio. Al estar adheridos al carácter como la propia piel, y no poder desprenderse de ellos como se muda de camisa la serpiente, deberá experimentar un cambio desde fuera. No puede desprenderse de ese resto de vanidad intelectual o espiritual, aunque mucho haya avanzado, porque esa victoria imposible le llevaría a otra vanidad mucho más escondida.

Después de las pruebas anteriores y de la perseverancia en la oración, quizá tras muchos años, el alma se siente segura: *Yo duermo, pero mi corazón vigila, no me asustan los días ni las noches, la certeza de tu amor es mi alegría.* Y esa confianza que, por una parte, está justificada, por otra es insuficiente: *y cerré el postigo negligente, a pesar de tus llamadas insistentes,* descubriendo la insuficiencia de su amor a esa altura, cuando a un nivel inferior sería más que suficiente: *Me dejaba querer como una esquivia, jugaba con el amor como una niña.* Y viene el dolor de una nueva separación necesaria: *Al final abrí a mi Amado, y ya no estaba . . . , se había marchado.*

San Juan de la Cruz la llama «Noche oscura del alma». Su explicación ha servido para liberar de angustias a muchos, y para servir de guía a tantos directores de almas; pero la experiencia no es fácil. Es la purificación pasiva del orante. Vale la pena tomar por extenso una cita de san Josemaría, porque esa purificación puede tener como agente próximo enfermedades, contradicciones externas, o acciones directas de Dios: «No olvidéis que estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz. Cuando nos abandonamos en las manos de Dios, es frecuente que Él permita que saboreemos el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difamaciones, las burlas, por dentro y por fuera: porque quiere conformarnos a su imagen y se-

mejanza, y tolera también que nos llamen locos y que nos tomen por necios. Es la hora de amar la mortificación pasiva, que viene —oculta o descarada e insolente— cuando no la esperamos. Llegan a herir a las ovejas, con las piedras que debieran tirarse contra los lobos: el seguidor de Cristo experimenta en su carne que, quienes habrían de amarle, se comportan con él de una manera que va de la desconfianza a la hostilidad, de la sospecha al odio. Le miran con recelo, como a mentiroso, porque no creen que pueda haber relación personal con Dios, vida interior; en cambio, con el ateo y con el indiferente, díscolos y desvergonzados de ordinario, se llenan de amabilidad y de comprensión. Y quizá el Señor permite que su discípulo se vea atacado con el arma, que nunca es honrosa para el que la empuña, de las injurias personales; con el uso de lugares comunes, fruto tendencioso y delictuoso de una propaganda masiva y mentirosa: porque, estar dotados de buen gusto y de mesura, no es cosa de todos. Quienes sostienen una teología incierta y una moral relajada, sin frenos; quienes practican según su capricho personal una liturgia dudosa, con una disciplina de *hippies* y un gobierno irresponsable, no es extraño que propaguen contra los que sólo hablan de Jesucristo, celotipias, sospechas, falsas denuncias, ofensas, maltratos, humillaciones, dicerías y vejaciones de

todo género» (*Amigos de Dios*, n. 301). Se puede recordar la experiencia de esta situación en la vida de los santos más conocidos como santa Teresa de Jesús, el padre Pío y otros muchos.

En cada orante esa experiencia es distinta, pero la lección es la misma: saber que «así esculpe Jesús las almas de los suyos, sin dejar de darles interiormente serenidad y gozo, porque entienden muy bien que —con cien mentiras juntas— los demonios no son capaces de hacer una verdad: y graba en sus vidas el convencimiento de que sólo se encontrarán cómodos, cuando se decidan a no serlo» (ibíd.).

No es extraño que el orante se queje como si fuese culpa suya, *se me escapó el alma por las rejas*, experimentando incluso cierta sensación de extravío, *lo busqué y no lo encontré*, o de desorientación, *no bastaron antiguas experiencias, ni las luces y fervores anteriores*, se vive que *los amores negligentes son de niebla*, y sale de lo más íntimo una nueva queja, *lo llamé y no me respondió*. Porque no convenía.



LOS GUARDIAS ME ENCONTRARON Y ME HIRIERON (CT 5,7)

La noche sin luna es noche oscura,
y no era de luna aquesta noche,
es boca de lobo en mis entrañas,

se perdían caminos andadores,
los guardias me encontraron y me hirieron
¡Esa loca! Le pierde y grita ¡está loca!
En las murallas me quitaron el chal
resguardo en el relente y el rocío,
y me faltabas tú, mi bienamado,
hasta dudé de Ti, estaba loca,
cuando te perdí yo por alocada.

Y enfermé de amor en la cañada.
sin vigías, sin guardias, sin salud,
sin saber, sin no saber, sin la luna
que otro ayer lucía en lo más alto.
Pero busqué, grité, clamé, seguí.
Tú bien lo sabes ¡Deseado!
Pues las heridas de amor son de tal forma
que sólo con amor son bien sanadas.

3.I.2007

COMENTARIO

Describir la noche oscura es algo que han realizado muchos. Esa noche es como creer sin ver; esperar sin casi desear; amar pensando que no se es digno de ser amado. Experimentar el abandono, la incomprensión, el cansancio interior, la desconfianza en que se pueda superar ese estado de áni-

mo. Y, al mismo tiempo, gracias a las experiencias anteriores y a la ayuda divina que no se siente, perseverar con y sin ganas. La descripción del Canto es adecuada: *La noche sin luna es noche oscura, y no era de luna aquesta noche, es boca de lobo en mis entrañas*. Se intentan cosas que parecen inútiles, aunque no lo sean y *los caminos andadores se perdían*. Los que tienen misión de ayudar pueden herir sin querer, llamando suspicacia o susceptibilidad a lo que es dolor de Cruz y abandono similar a la cuarta palabra de Cristo en la Cruz, *los guardias me encontraron y me hirieron*, tomando incluso por enajenación lo que no es más que dolor: *¡Esa loca! Le pierde y grita ¡está loca!* Desaparece, sin desaparecer del todo, la seguridad en uno mismo, la autoestima: *En las murallas me quitaron el chal* y queda el alma como al desnudo sin *resguardo en el relente y el rocío*. Pero lo que más se echa de menos es la presencia de Dios en el alma, aunque se tenga seguridad de que está, *y me faltabas Tú, mi bienamado*; apareciendo dudas de fe, no teóricas sobre el dogma en el cual se está firme. Se puede dudar de que el Amor le haya abandonado y todo sea sinsustancia, *hasta dudé de Ti, estaba loca*. La contrición también es dolorosa y con poco consuelo, *cuando te perdí yo por imperfecta y enfermé de amor*.

Ese estado puede ser corto o largo, puede ser una prueba cruel o puede ser languidez, pero el

alma, que no quiere ni consiente pecados, vive *sin vigías, sin guardias, sin salud, sin saber, sin no saber, sin esa luna, que otro ayer lucía en lo más alto.*

Pero *busqué, grité, seguí. Tú bien lo sabes ¡Deseado!* Pues en el fondo del alma se siente una pequeña llama de certeza de que Dios no abandona a los suyos nunca, pero deseando la presencia, *pues las heridas de amor son de tal forma, que sólo con amor son bien sanadas.*

III. Canto de la Esposa al Esposo

MI AMADO SE DISTINGUE ENTRE MILLARES (CT 5,10)

Mi amado se distingue entre millares.
Todo Él es delicias para siempre.
su cabeza es de oro, de oro fino,
y sus pies son también base dorada
sin la mezcla de hierros y de barros
de todos los millares conocidos.

Esos ojos que yo vi y me miraron
son palomas pacíficas, serenas,
posadas en la orilla de las fuentes,
con el gozo brillante del olivo,
bañado por el agua transparente,
como leche que mana de los altos.
En sus labios sonríen azucenas
mostrando sus deseos más ocultos
que ya son los míos por los siglos.

Su porte es el del cedro
esbelto y elevándose a los cielos,
como ciprés que anuncia nuevo hogar.

Ése es mi Amado, amigas mías,
mi dulce cadena a quien adoro.

2.1.2007

COMENTARIO

En la medida en que se va superando el yo egoísta se va afirmando el yo generoso. Se pasa del amor que necesita ser amado al amor sobreabundante que se abre al infinito. De ahí, que ya se pueda pasar con más seguridad a los elogios y alabanzas a Dios. La vida interior se consolida en la adoración, que es el acto más sublime que puede realizar el ser humano. El Cantar dice: *Mi amado se distingue entre millares*, es distinto de todo lo que he conocido, ningún otro amor puede suplantarlo y, paradójicamente, los amores humanos limpios se elevan y mejoran. Primero Dios, pues *todo Él es delicias para siempre*, ya que no cabe una verdadera delicia si se tiene la certeza de que es efímera y concluirá pronto. El amor feliz exige eternidad, gozo para siempre. Primero en la inteligencia, pues los errores, aunque sean no culpables, no lle-

van al amor sin tacha, pues *su cabeza es de oro, de oro fino*. También la acción movida por la voluntad mejora pues *sus pies son también base dorada*. Sin comparación posible con otros amores, ya que *de todos los millares conocidos* es el más gozoso y pleno. Alcanzando a la intimidad de la intimidad que es el sentimiento espiritual llamado corazón por la Biblia y tantas culturas, *pues busco los prados y la paz por sentirme seguro en tu presencia, para sentir tu mirada al soslayo para mirar tu honda y tu cayado, para subir a tus hombros agotado, para dormir allí junto a Ti mismo, sin la mezcla de hierros y de barro* tan propia de los amores humanos no sobrenaturalizados.

Sentir la mirada divina, y saberse mirado y escuchado estremece al orante, pues *esos ojos que yo vi y me miraron son palomas pacíficas, serenas*, portadoras del gozo y la paz fruto del Espíritu Santo, y adviene la seguridad antigua y nueva *del olivo*, y la limpieza de conciencia propia del *agua transparente*, porque no se busca saciar la sed de infinito y de amor en las charcas del camino, ni en cisternas agrietadas, sino *en la orilla de las fuentes*, y en la lluvia no merecida de los dones que fluyen *como leche que manan de los altos*. De este encuentro de alabanza y adoración, aunque el amor sea dar y darse, se experimenta un gozo no buscado, pero real, pues *en sus labios sonríen azucenas* y se satisfa-

cen *sus deseos más ocultos que ya son los suyos por los siglos.*

Además de adorar, el amor lleva a admirar, mirar con arrobó y contemplar callado, porque *su porte es el del cedro, esbelto elevándose a los cielos.* Con la hospitalidad propia del que está en el hogar propio lejos de los caminos perdedores y de las chozas que fueron cobijo, y ya no son, ahora ve el *ciprés que anuncia nuevo hogar.*

De ahí que el alma de oración ya pueda cantar a los vientos que es feliz porque *ése es mi Amado, amigas mías, mi dulce cadena a quien adoro.* Y siente la libertad del amor que lleva a ser esclavo de quien ama, que es el amor mismo que no pasa.



CORREREMOS AL OLOR DE TUS PERFUMES

Deseo aspirar tus aromas,
el perfume ya está aquí,
vibra ya mi corazón,
no puedo esperar parado.
Corro, corramos veloces,
los pies tienen alas blancas.

Ya, ya, ya estás aquí.
¿Qué más puedo desear?

COMENTARIO

La esperanza probada es distinta de la inicial, pues se sabe la proximidad en el presente. El aroma es la atracción de la verdad y la bondad divinas, que concluye en el *deseo aspirar tu aroma*. Pues *el perfume ya está aquí, siento su cercanía viva, vibra ya mi corazón*.

Lo propio de la esperanza amorosa es la acción como acto de sobreabundancia poseída: *no puedo esperar parado. Corro, corramos veloces los pies tienen alas blancas*.

El cambio en la oración es notable. Se puede recrear sin engreimiento el recuerdo del recorrido hasta llegar aquí, como hace san Josemaría. «Habíamos empezado con plegarias vocales, sencillas, encantadoras, que aprendimos en nuestra niñez, y que no nos gustaría abandonar nunca. La oración, que comenzó con esa ingenuidad pueril, se desarrolla ahora en cauce ancho, manso y seguro, porque sigue el paso de la amistad con Aquel que afirmó: *Yo soy el camino*. Si amamos a Cristo así, si con divino atrevimiento nos refugiamos en la abertura que la lanza dejó en su Costado, se cumplirá la promesa del Maestro: *cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él*. El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a

cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criatura que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ¡los dones y las virtudes sobrenaturales!» (*Amigos de Dios*, n. 306).

La alegría lleva a correr hacia la fuente del gozo. «Hemos corrido *como el ciervo, que ansía las fuentes de las aguas* con sed, rota la boca, con sequedad. Queremos beber en ese manantial de agua viva. Sin rarezas, a lo largo del día nos movemos en ese abundante y claro venero de frescas linfas que saltan hasta la vida eterna. Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas. No me refiero a situaciones extraordinarias. Son, pueden muy bien ser, fenómenos ordinarios de nuestra alma: una locura de amor que, sin espectáculo, sin extravagancias, nos enseña a sufrir y a vivir, porque Dios nos concede la Sabiduría. ¡Qué serenidad, qué paz entonces, metidos en *la senda estrecha que conduce a la vida!*» (*Amigos de Dios*, n. 307).

El alma canta contenta, sabedora de que Dios
la llenará más aún pues *ya estás aquí*. *¿Qué más pue-
do desear?*



¿ADÓNDE SE MARCHÓ TU AMADO? (Ct 6,1)

*¿Adónde se marchó tu Amado
y lo buscaremos contigo?*

A preparar la boda sin demora,
a tomar de su huerto bien cerrado
toda clase de hierbas olorosas
para atraer así a muchos viandantes
que andan por ahí, en las afueras.
Preparará los ramos más vistosos,
combinando granadas, rosas, lirios,
para esos que ya ven, pues están dentro.
Llenó la casa de albas azucenas,
que en su más brillante azul son violetas,
amada flor silvestre de los campos.

Si queréis... venid conmigo
pero ya no busco como antes
sufriente con quejas lastimeras,
pues conozco la boda preparada
pues *mi Amado es mío*

y yo soy para mi Amado
en creciente deseo consumado.

2.1.2007

COMENTARIO

La alegría de la posesión divina no es completa, como nada lo es en esta vida, por eso se da una nueva separación de Dios en la sensibilidad. El Cantar de los Cantares lo dice así: *¿Adónde se marchó tu Amado?* Como si el espectador no pueda entender una nueva fase de aridez y sequedad, por eso le propone: *lo buscaremos contigo.*

Pero el alma orante está tranquila, pues ya conoce la lógica divina que la forma y la transforma en toda suya. Como ya sabe el motivo de la ausencia aparente dice que se fue *a preparar la boda sin demora*, pues sabe que incluso en esta tierra el amor puede crecer sin límite e intuye la unión total de la boda. El Amado quiere tomarla como *buerto bien cerrado*, que ya posee todo tipo de virtudes atrayentes, *toda clase de hierbas olorosas*, que constituirán un verdadero apostolado, nada superficial, capaz *atraer a muchos viandantes que andan por ahí, en las afueras*, lejos de la vida de oración o de la Iglesia, pero que son atraídos por lo

que ven, sin que sean necesarias demasiadas palabras pues se da una irradiación que atrae.

Dios *preparará los ramos más vistosos*, como son los dones del Espíritu Santo. El temor hace perfecto el respeto y la piedad propios de la filiación divina y la llena de confianza. La fortaleza crece hasta hacer capaz del martirio, o para llevar con alegría el agotamiento de la jornada ordinaria. El consejo asegura la decisión prudente ante las circunstancias siempre cambiantes. La ciencia lleva a admirar la belleza y armonía de la creación, y, al mismo tiempo, su miseria separada del Creador, que le da todo su esplendor. El entendimiento perfecciona la luz de la fe, que ya es casi ver más que creer. La sabiduría es amar con el amor de Dios presente en el corazón que hace capaz de todo. De ahí que vaya *combinando rosas, lirios y granadas* que atraerán también a los cristianos tibios o despreocupados que se sienten movidos por las vidas de los santos escritas o presentes ante ellos: *esos que ya ven, pues están dentro*.

La boda esperada florece y *todo esta lleno de albas azucenas, que en su brillante azul son violetas, amada flor silvestre de los campos*. Es decir, de una nueva humildad esplendorosa, ya no basada en el conocimiento de las propias miserias, sino en el captar el esplendor divino en la propia alma. *Si queréis... venid conmigo, pero ya no busco como antes, sufriente con quejas lastimeras, pues conozco la boda*

preparada. Pues mi Amado es mío y yo soy para mi Amado en creciente deseo consumado. «Una oración y una conducta que no nos apartan de nuestras actividades ordinarias, que en medio de ese afán noblemente terreno nos conducen al Señor. Al elevar todo ese quehacer a Dios, la criatura diviniza el mundo. ¡He hablado tantas veces del mito del rey Midas, que convertía en oro cuanto tocaba! En oro de méritos sobrenaturales podemos convertir todo lo que tocamos, a pesar de nuestros personales errores» (*Amigos de Dios*, n. 309).



**GRÁBAME COMO UN SELLO EN TU CORAZÓN
(CT 8,6)**

*Grábame como un sello en tu corazón,
como un sello en tu brazo.*

Que sea ya imborrable mi mirada
mi andar silencioso por tus ojos.

Así, dónde Tú estás yo iré,
subiré contigo a lo más Alto
bajaré contigo a las bodegas;
no tendré más deseo que tú mismo,
el latido de tu alma será mío
moldeando mi querer a tu suspiro.

2.I.2007

COMENTARIO

El amor o es fiel o no es amor. Así como el matrimonio es indisoluble, la unión del orante con Dios también lo es y quiere confirmar el compromiso, que en su interior ya es absoluto. *Grábame como un sello en tu corazón*, primero en el corazón de Dios, luego en el propio. Si se quiere vislumbrar el mundo afectivo en Dios, citado con frecuencia en el Antiguo Testamento, es conveniente mirar en el Corazón de Cristo. Veamos un buen resumen de san Josemaría Escrivá acerca del sentido de corazón en la Biblia: «Al corazón pertenecen la alegría: *que se alegre mi corazón en tu socorro*¹; el arrepentimiento: *mi corazón es como cera que se derrite dentro de mi pecho*²; la alabanza a Dios: *de mi corazón brota un canto hermoso*³; la decisión para oír al Señor: *está dispuesto mi corazón*⁴; la vela amorosa: *yo duermo, pero mi corazón vigila*⁵. Y también la duda y el temor: *no se turbe vuestro corazón, creed en mí*⁶. El corazón no sólo siente; también sabe y entiende. La ley de

1. Sal 12, 6.
2. Sal 21, 15.
3. Sal 44, 2.
4. Sal 56, 8.
5. Ct 5, 2.
6. Jn 14, 1.

Dios es recibida en el corazón⁷, y en él permanece escrita⁸. Añade también la Escritura: *de la abundancia del corazón habla la boca*⁹. El Señor echó en cara a unos escribas: *¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?*¹⁰. Y, para resumir todos los pecados que el hombre puede cometer, dijo: *del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias*¹¹. Cuando en la Sagrada Escritura se habla del corazón, no se trata de un sentimiento pasajero, que trae la emoción o las lágrimas. Se habla del corazón para referirse a la persona que, como manifestó el mismo Jesucristo, se dirige toda ella —alma y cuerpo— a lo que considera su bien: *porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón*¹²»¹³. Sería amplísimo traer aquí lo mucho escrito sobre el Corazón de Cristo en los Evangelios y los escritos cristianos. Juan Pablo II lo expresa así: «Si el corazón humano representa un insondable misterio que sólo Dios conoce, cuánto más insondable será el de Jesús, en el

7. Cfr. Sal 39, 9.

8. Cfr. Pr 7, 3.

9. Mt 12, 34.

10. Mt 9, 4.

11. Mt 15, 19.

12. Mt 6, 21.

13. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 140.

que se mueve la misma vida del Verbo, y residen todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, y toda la plenitud de la divinidad»¹⁴.

El alma orante desea participar en todo el mundo afectivo de Cristo como escala para acceder a la intimidad divina, insondable y real. Sentir sus vibraciones, su alegría y sus tristezas, su miedo y su audacia, su gozo en el Espíritu y su cansancio ante la cortedad de mira de los que le siguen, el asco ante los pecados y la misericordia ante las debilidades de los humanos, la ternura ante los pequeños y los enfermos, la fortaleza ante el dolor, la persecución y la Cruz. Éste es camino para que el corazón del orante se asimile al Corazón humano de Jesús y de ahí dé el salto al Corazón de Dios Uno y Trino.

El alma de oración fiel no se conforma con la unión afectiva en la que los sentimientos vibran en armonía, sino que desea y quiere la unión con la Voluntad de Dios y pide ser grabada *como un sello en tu brazo*. No en vano dice Nuestro Señor Jesucristo: «El que me ama, cumple mis mandamientos» (Jn 14,15) y no se refiere sólo a los indispensables diez mandamientos morales, sino a esos mandatos de entrega y amor que sólo puede

14. JUAN PABLO II, *Ángelus*, 23.VI.2002.

cumplir el que sabe escucharlos, porque está atento y cuenta con las virtudes para llevarlos adelante. Las sugerencias amorosas tienen fuerza de mandato oficial. Esto es así porque el alma de oración sabe que Dios está pendiente de ella y la mira con amor *imborrable*, que percibe *mi paso silencioso por tus ojos*. Pasándose de los deseos a los hechos: *así, dónde Tú vas estoy yo*. Tanto en lo más espiritual, *subiré contigo a lo más Alto*, como en las labores de servicio menos gratas y necesarias y *bajaré contigo a las bodegas*. Hasta llegar a: *no tendré otro deseo que Tú mismo*, consiguiendo una oración contemplativa de unión de corazones, intelectual y práctica donde *el latido de tu alma será mío*, pero con la idea clara de que el amor no sólo es sentir, sino querer en las grandes cuestiones y en los menores gestos y deseos, *moldeando mi querer a tu suspiro*.



EL AMOR ES MÁS FUERTE QUE LA MUERTE (CT 8,6)

*El Amor es más fuerte que la muerte,
más fuerte que el rencor y la venganza,
mucho más que desidias y tibiezas,
más fuego que el tibio querer sin querer,*

fuerte, aun con rodillas temblorosas,
bebiéndome miedos, terror y angustias,
superando el horror y el desaliento.

Si no amas, ya eres perro muerto.

1.1.2007

COMENTARIO

El alma de oración se sabe unida a Dios, pero el misterio divino se le escapa un tanto a la hora de concretar. Mirar a Cristo es el camino para comprender hasta dónde puede llegar el amor en cada una de sus fases. Belén, Nazaret, Jerusalén son lugares conocidos por los que quieren a Jesús. Son realidades que están delante de los que no le quieren y de los que le odian. En la Cruz se hacen evidentes las palabras del Cantar de los Cantares: *El Amor es más fuerte que la muerte*. El camino del amor es Jesucristo: «Para acercarnos a Dios hemos de emprender el camino justo, que es la Humanidad Santísima de Cristo» (*Amigos de Dios*, n. 299). Crecer en el amor a Dios es crecer con Dios hecho Hombre, que es el mediador y el ejemplo de vida. «Seguir a Cristo: éste es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con Él, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con Él nos iden-

tifiquemos. No tardaremos en afirmar, cuando no hayamos puesto obstáculos a la gracia, que nos hemos revestido de Nuestro Señor Jesucristo. Se refleja el Señor en nuestra conducta, como en un espejo. Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabilísimo de nuestro Salvador sin desfigurarle, sin caricaturas: y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo» (*Amigos de Dios*, n. 299). Sigue san Josemaría por esta senda de oración diciendo: «... ruego al Señor que nos decidamos a alimentar en nuestras almas la única ambición noble, la única que merece la pena: ir junto a Jesucristo, como fueron su Madre Bendita y el Santo Patriarca, con ansia, con abnegación, sin descuidar nada. Participaremos en la dicha de la divina amistad —en un recogimiento interior, compatible con nuestros deberes profesionales y con los de ciudadano—, y le agradeceremos la delicadeza y la claridad con que Él nos enseña a cumplir la Voluntad del Padre Nuestro que habita en los cielos» (*Amigos de Dios*, n. 300).

A la hora de concretar no conviene quedarse en un espiritualismo poco realista, por eso añade: «... pero no olvidéis que estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz». Ya vimos en el apartado anterior su experiencia personal de la purificación en las contrariedades. Pero cuando el alma ya está muy metida en Dios, se le plantea el

reto de la Cruz en su aspecto más pleno. Muchos lo han hecho realidad en la ofrenda al amor misericordioso, es decir, aceptar el sacrificio como si fuesen el mismo de Cristo en la Cruz, la ofrenda de amor puro. El dolor o la humillación, si Dios lo quiere, se convierten en sacrificio que salva almas en el silencio escondido. Se debe estar dispuesto a un amor que sea *más fuerte que el rencor y la venganza*, es decir, que se debe amar a enemigos reales, no sólo teóricos, por encima de la amargura del alma que puede ser aceptar la vida como un fracaso ante los ojos de los hombres. Se deben arrancar las últimas raíces de odios, rezar y perdonar a aquellos ante los que se siente una repugnancia natural extrema. Sin la gracia de Dios no se puede alcanzar ni el propósito ni la realización de esta caridad.

El amor de esta etapa debe ser *mayor que desidias y tibiezas*, consciente de que siempre se debe luchar. No cabe decir que, como se ha tenido una oración muy alta, ya se puede dejar de hacer mortificaciones, no obedecer a gente más joven o menos experimentada, descuidar la vista porque ya lo ha superado, contentarse con caprichos, etc. La pereza y la negligencia no son compatibles con la diligencia del amor de esta etapa.

Conviene estar atento a renovar el amor, sin demasiadas quejas que reflejan que su amor no es

mucho más que querer sin querer. El amor no cede ante los temores producidos por las enfermedades, las dificultades o, incluso, el martirio, debe ser mayor *que las rodillas temblorosas, que los miedos, las angustias, el terror y el desaliento.* Consciente de que el diablo no descansa, y de que existen tentaciones características para cada etapa, para cada edad, para la paz y para la guerra. Si se olvidase esto se podría perder el amor, con la triste consecuencia que estaría peor que quienes no han conocido el gusto de la oración contemplativa. *Si no amas ya eres perro muerto.*



TENAZ COMO EL INFIERNO ES LA PASIÓN (Ct 8,6)

Tenaz como el infierno es la pasión
ardiente en cien mil fuegos ardorosos.
Quejosa y sorprendida de la ausencia
al no ver tus ojos bienamados.
Vuelve, insiste, alcanza, pues es
imposible sufrir la no presencia,
caminar en pantanos cenagosos,
pues nada, nada, apagará nunca
el fuego del amor apasionado.

1.1.2007

COMENTARIO

El orante es humano y tiene afectos. Si perjudicial es el sentimentalismo, puede ser peor la sequedad del apático o del indiferente. El orante experimenta todas las ondas del sentimiento, e intenta unir las al Corazón de Cristo. Experimentará el amor, el gozo, la tristeza, la esperanza, principalmente; pero también estarán el miedo, el terror, el aburrimiento, el resentimiento, la vana alegría, etc. «No pensemos que, en esta senda de la contemplación, las pasiones se habrán acallado definitivamente. Nos engañaríamos, si supusiéramos que el ansia de buscar a Cristo, la realidad de su encuentro y de su trato, y la dulzura de su amor nos transforman en personas impecables. Aunque no os falte experiencia, dejadme, sin embargo, que os lo recuerde. El enemigo de Dios y del hombre, Satanás, no se da por vencido, no descansa. Y nos asedia, incluso cuando el alma arde encendida en el amor a Dios. Sabe que entonces la caída es más difícil, pero que —si consigue que la criatura ofenda a su Señor, aunque sea en poco— podrá lanzar sobre aquella conciencia la grave tentación de la desesperanza» (*Amigos de Dios*, n. 303).

Realmente, *tenaz como el infierno es la pasión*, y si la afectividad no está dirigida por la razón y la

fe con mortificación y fortaleza, puede producir oscuridades en la inteligencia y en la voluntad. No quiere decir esto que no se pueda ser muy afectuoso. Los verdaderos orantes son modelos de ternura y de gozo, son ejemplos de la armonía de todos los sentimientos y también del terror al pecado y al infierno. Pero lúcidamente, como verdaderos creyentes.

Tanto si el afecto es positivo, como si es negativo, el orante sabe que ese afecto *arde con cien mil fuegos ardorosos*. Es muy notable la *queja sorprendida de la ausencia* de la presencia de Dios. Si se tratase del apegamiento a otra persona o situación, le puede hacer mucho daño y conviene cortar con fortaleza y radicalidad. Pero la queja del verdadero amante no es orgullosa, sino llena de deseos que no pueden reprimirse. Lo habitual es que parezca *imposible sufrir la no presencia* de Dios, y le busque con más insistencia cada día. Sin embargo, conviene atender a aquella observación de san Juan de la Cruz ante las tentaciones carnales de personas aparentemente muy espirituales, pues su sentimiento espiritual puede hacer que se altere un cuerpo flojo. También se deben tener en cuenta las posibles ofensas a Dios, que deben llevar a más humildad y más esperanza, pues se pone la confianza sólo en Dios, si se evitan las posibles ocasiones, como es comprensible. La tentación en

el campo de la afectividad *vuelve, insiste, alcanza*,
intenta que se rece *caminando en pantanos cenagosos*,
pero cuando la razón de la victoria y la fidelidad
están en Dios, y no en la propia autosuficiencia,
entonces *nada, nada, apagará nunca el fuego del
amor apasionado*.



LA MULTITUD DE LAS AGUAS NO PUDO
EXTINGUIR EL AMOR (CT 8,7)

*La multitud de las aguas
no pudo extinguir el amor.*

El océano es un mar pequeño,
los ríos no pueden anegarlo,
pasaste los mares interiores
pero al sentir la horrible tempestad
¡dudaste!

¿Bastará un querer? ¿Sólo con eso?

Cuando tú me dijiste despertando:

¡Joven! Sólo con tu querer no basta.

Yo te doy mi querer y el de mi Padre,

hazlos tuyos y querrás con ese Don,

sin yo y con yo ¡milagro entero!

Los mares callarán. ¡Calla! ¡*Obmutesce!*

1.1.2007

COMENTARIO

Como un canto de esperanza ante la certeza de que el amor es más fuerte que la muerte, y que Dios nunca abandona a los que no quieren abandonarle, el alma se alegra de que *la multitud de las aguas no pudiese extinguir el amor*, como dice el Cantar de los Cantares. Aunque sea consciente de que la vida en esta tierra es un existir en el que se entrecruzan amor y cruz, el amor está ahí, en el centro, como brasa que arde sin consumirse. Ya no piensa que amar sea alcanzar un gozo sin problemas, más bien sabe que tendrá fuerzas para arrostrar todas las dificultades; es más, ama la Cruz que Dios le envíe, pues sabe que así podrá amar como Cristo amó.

Junto al «afán de adoración, ansias de desagravio con sosegada suavidad y con sufrimiento» (*Amigos de Dios*, n. 304), no se esconde cuando llega la contrariedad y *toma su cruz*. Con ese ánimo de fe, también muy humano, Dios vuelve a actuar en un alma probada: «... el Señor se nos manifiesta cada vez más exigente, nos pide reparación y penitencia, hasta empujarnos a experimentar el ferviente anhelo de querer vivir para Dios, clavado en la cruz juntamente con Cristo» (ibíd.). San Pablo es testigo de los caminos que tiene que andar el que antes experimentó la visión de Cristo resucitado y del tercer cielo: «Nos descubrimos acosados

de toda suerte de tribulaciones, y no por eso perdemos el ánimo; nos hallamos en grandes apuros, no desesperados o sin recursos; somos perseguidos, no desamparados; abatidos, pero no enteramente perdidos: traemos siempre representada en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús».

San Josemaría describe la situación interior del alma enamorada y en la Cruz: «... imaginamos que el Señor, además, no nos escucha, que andamos engañados, que sólo se oye el monólogo de nuestra voz. Como sin apoyo sobre la tierra y abandonados del cielo, nos encontramos. Sin embargo, es verdadero y práctico nuestro horror al pecado, aunque sea venial. Con la tozudez de la Cananea, nos postramos rendidamente como ella, que le adoró, implorando: *Señor, socórreme*. Desaparecerá la oscuridad, superada por la luz del Amor. Es la hora de clamar: acuérdate de las promesas que me has hecho, para llenarme de esperanza; esto me consuela en mi nada, y llena mi vivir de fortaleza. Nuestro Señor quiere que contemos con Él, para todo: vemos con evidencia que sin Él nada podemos, y que con Él podemos todas las cosas. Se confirma nuestra decisión de andar siempre en su presencia. Con la claridad de Dios en el entendimiento, que parece inactivo, nos resulta indudable que, si el Creador cuida de todos –incluso de sus enemigos–, ¡cuánto más cuidará de

sus amigos! Nos convencemos de que no hay mal, ni contradicción, que no vengan para bien: así se asientan con más firmeza, en nuestro espíritu, la alegría y la paz, que ningún motivo humano podrá arrancarnos, porque estas *visitaciones* siempre nos dejan algo suyo, algo divino. Alabaremos al Señor Dios Nuestro, que ha efectuado en nosotros obras admirables, y comprenderemos que hemos sido creados con capacidad para poseer un infinito tesoro» (*Amigos de Dios*, nn. 304 y 305).

El Canto hace referencia a que en este nivel las dificultades, que en otro tiempo eran como un océano, ahora le parecen *mar pequeño*, y *los ríos no pueden anegar* al buen amante. Puede atravesar *los mares interiores*, aunque como Cristo debe pasar una agonía en su propio Getsemaní, como una *horrible tempestad* que le lleva a una nueva convicción: *¿basta con un querer?*, para vencer *¿sólo con eso?*, y entonces oye en su interior como *despertando: tan sólo con tu querer no basta*, Cristo le habla en lo hondo diciéndole *te doy mi querer y el de mi Padre, hazlos tuyos y querrás con ese Don*. La gracia de Dios, que ya actúa con libertad en el corazón del orante, le lleva a un grado de amor muy humano y muy divino. Ahora ya se trata de amar *sin yo y con yo; milagro entero!* Y *los mares callarán*. Diciendo como Jesús a las tormentas: *¡Calla!* ¡Obmutesce!



AZUCENAS (CT 2,2-3)

*Como azucena entre espinos
así es mi amada entre las vírgenes,
y yo digo: soy un narciso de Sarón,
una azucena de los valles.*

Al perderte, te busqué y encontré
a mi Amado en su huerto, cortando
su blanca *azucena entre espinos,*
azucena silvestre de los valles,
ya es azucena de huerto bien cuidado.
la puedes cortar pues es toda tuya
¡Pastor que pastoreas azucenas!

La amada en el amado transformada
en Él toda igualada y sujeta.

2.I.2007

COMENTARIO

Tras la Cruz, y junto a ella, viene la Resurrección. No es necesariamente algo sucesivo, pues pueden coincidir Muerte y Vida en el vivir diario del alma de oración. Vive el alma *como azucena entre espinos así es mi amada entre las vírgenes*, y yo digo:

*soy un narciso de Sarón, una azucena de los valles, una belleza en medio de la dificultad, un jardín en medio del desierto, un cobijo en medio de la tempestad. La oración es más pasiva, aunque se luce. Lo más importante es lo que Dios hace en el alma y vienen del cielo todo género de luces. San Josemaría lo explica así: «... habíamos empezado con plegarias vocales, sencillas, encantadoras, que aprendimos en nuestra niñez, y que no nos gustaría abandonar nunca. La oración, que comenzó con esa ingenuidad pueril, se desarrolla ahora en cauce ancho, manso y seguro, porque sigue el paso de la amistad con Aquel que afirmó: *Yo soy el camino*. Si amamos a Cristo así, si con divino atrevimiento nos refugiamos en la abertura que la lanza dejó en su Costado, se cumplirá la promesa del Maestro: *cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él*. El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criatura que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ¡los dones y las virtudes sobrenaturales!» (*Amigos de Dios*, n. 306).*

Tres características se advierten en este nivel de oración. Primero, el alma parece inactiva en sus potencias. Al mismo tiempo, experimenta un divino atrevimiento en acercarse a Dios a través de Jesús. En tercer lugar, asciende a la intimidad con Dios como una criatura que balbucea.

El Canto muestra cómo fue su experiencia anterior: *cuando te perdí, te busqué* y la alegría de encontrar *a mi Amado en su huerto*, teniendo en cuenta con atención todo el proceso de transformación: *cortando su azucena entre espinos*. Y la que era *azucena silvestre de los valles*, pasa a ser *azucena de huerto bien cuidado*. Dios la puede ya *cortar pues es toda suya*, pues es pastor de almas, *pastor que pastorea azucenas*.

El balbuceo, la inactividad y el atrevimiento se dan en armonía porque *la amada está en el amado transformada en Él toda igualada y sujeta*.



EL ESPOSO

Yo soy lirio de los valles.

Soy flor del campo.

Sorpresa no buscada.

Descanso en la mirada.

Soy lirio entre espinas.

Consuelo inesperado,

escondido en los bosques,
para ti, ¡esposa mía!

2.1.2007

COMENTARIO

Si en un comienzo se buscan más los consuelos de Dios que el Dios de los consuelos, ahora no es así. El orante ha madurado. Ya no le da miedo la Cruz, ni teme al diablo con sus insidias, ni le queda un escondido buscarse a sí mismo en la vida espiritual. Ya está muy purificado. Sin embargo, sabe también que el Amante, su Esposo, es buen pagador, y sólo quiere la purificación dolorosa para que el amor sea verdadero, sin sombras de amor propio. También sabe que el amor siempre lleva consigo gozo y paz. Y oye que el Esposo le dice desde lo hondo: *Yo soy lirio de los valles. Soy flor del campo.* Y en consecuencia, abunda la *sorpresa no buscada*. El regalo inesperado y, quizá por eso, más gozoso y placentero. Se encuentra *descanso en la mirada*, sabiendo mirar más al que es *lirio entre espinas* y *consuelo inesperado*. Oyendo, porque escucha que el Esposo está *escondido en los bosques*, y acude de entre la espesura con el gran regalo *para ti, ¡esposa mía!*, que es él mismo que la espera con los brazos extendidos.



COMO EL MANZANO ENTRE ÁRBOLES SILVESTRES
(CT 8,6)

En tu sombra reposé,
fatigada del camino
¡qué dulce tu alimento!,
distinto de los otros,
silvestres, sin cultivo,
salvajes, agresivos.

Deseé estar bajo tu sombra,
me senté contigo, sosegada,
libre de los ardores del estío.

2.I.2007

COMENTARIO

La tentación original quería conocer sin Dios y contra Dios y el manzano le ofrecía sabiduría agradable a la vista. Pero Eva no consiguió el conocimiento del bien, sino del mal. El árbol de la ciencia pasó a ser para el hombre el árbol de la mala conciencia. El camino del orante es muy distinto, se alcanza la sabiduría de saborear el amor desde el Amor. Por la fe se alcanza saber qué es el amor por experiencia y don. Por eso descansa en

Dios. *En tu sombra reposé, fatigada del camino; qué dulce tu alimento!, distinto de los otros, silvestres, sin cultivo, salvajes, agresivos.*

Así se vive el sosiego de la meta que siempre ofrece más y por eso se puede desear más y más. *Deseé estar bajo tu sombra, me senté contigo, sosegada, libre de los ardores del estío.*



¡MIRA QUE ERES HERMOSO, AMADO MÍO! (CT 7,9)

¡Mira que eres hermoso, amado mío!

Responde la esposa bienamada,
en canto de paloma con olivo.

No me basta escuchar tus alabanzas,
pues tengo que cantar por la mañana
lo apuesto de mi esposo poderoso.

Antes esperaba de Ti elogios,
necesitaba saberme amada,
ahora nos miramos a los ojos
y vemos en ellos luz y fuego.

¡Qué apuesto eres, esposo mío!
El rayo del sol ya no te hiere,

dando más esplendor a tu figura,
roble, luz y sombra en el estío.

Nuestro lecho será de flor y fruto,
escondido a las sombras y pesares,
manantial y fontana de agua viva,
oasis para sedientos caminantes.
Allí me dirás ¡por fin! ¡Descansa!

2.1.2007

COMENTARIO

Dios ya habla con claridad al alma que va haciendo sus descubrimientos. La luz aparta las tinieblas. Como un Esposo a la Esposa le dice que es *lirio de los valles, flor del campo*. Pureza plena en un mundo en que existe tanto lodo, que es alegría en la tristeza, esperanza cuando los caminos de la tierra son intransitables, consuelo en las tribulaciones, fuego de amor encendido, *Sorpresa no buscada, descanso en la mirada, lirio entre espinas, consuelo inesperado, escondido en los bosques*. Y todo eso *para ti, ¡esposa mía!*

«Hemos corrido *como el ciervo, que ansía las fuentes de las aguas*; con sed, rota la boca, con sequedad. Queremos beber en ese manantial de agua viva. Sin rarezas, a lo largo del día nos movemos en

ese abundante y claro venero de frescas linfas que saltan hasta la vida eterna. Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquietta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas. No me refiero a situaciones extraordinarias. Son, pueden muy bien ser, fenómenos ordinarios de nuestra alma: una locura de amor que, sin espectáculo, sin extravagancias, nos enseña a sufrir y a vivir, porque Dios nos concede la Sabiduría. ¡Qué serenidad, qué paz entonces, metidos en *la senda estrecha que conduce a la vida!*» (*Amigos de Dios*, n. 307). Lo más destacable es el paso de percibir la inactividad y el balbuceo, y pasar al aquietamiento de la inteligencia. No sólo ver, sino mirar y comprender. Acostumbrado a la meditación reflexiva del entendimiento, o a la práctica de oraciones vocales, que no se deben perder, se produce el paso a escuchar y el difícil dejar hacer, pues puede dar la sensación de que nada se hace. Pero ¿cómo se va a oír, si no se escucha? ¿Cómo se va a ver, si no se mira? La oración ya es oración continua, aunque no se deben dejar las prácticas que manda la obediencia. Con esta aparente inactividad, crecen la serenidad y la paz, no conseguidas a fuerza de relajación y de técnicas humanas de diversión, más bien es un proceso de

conversión a la única fuerza que da paz. Todo esto sucede en todas las situaciones de la vida. Ahora es comprensible que el apostolado sea como una fuente que no se agota. Ya se sacia la sed. Se mira y se bebe el agua de la fuente.



MADRÁGORAS (CT 7,14)

*Las mandrágoras exhalan el aroma,
a nuestras puertas hay
toda clase de frutos deliciosos
frescos y secos.
¡Oh, amado mío! Los guardé para ti.*

No para mirar mis obras,
ni para llenar mis ferias,
ni para alimentar mi hambre.

Están guardados para Ti
los antiguos recordados,
los recientes y jugosos,
para darme yo con ellos
todos juntos olorosos;
y no quedarme más solo
en desierto silencioso.

2.I.2007

COMENTARIO

La oración más que un diálogo es un intercambio amoroso. Es vivir en paz con quien sabemos nos ama. Es saber amar y saberse amado. Es aceptar regalos, y hacerlos continuamente. De ahí que también las devociones que parecen poca cosa sean alimento de la vida del orante. Se regalan *mandrágoras* de agradable *aroma*, aunque sus frutos no sean tan espléndidos como los de otras flores. Las virtudes se han afincado en el alma. Se vive el orden con naturalidad, cuando antes quizá era muy costoso, se domina al tiempo. Hay fortaleza para cortar las tentaciones al primer chispazo, se reza más atentamente, se evitan comparaciones que sólo suscitan envidias y están faltas de caridad, se equilibra el carácter y el estado de ánimo, se busca alegrar la vida a los más próximos, se sabe compaginar exigencia con suavidad y comprensión, se advierten las desviaciones de la fe, aunque vengan bien vestidas de palabras y de citas. Eso es así porque *a nuestras puertas hay toda clase de frutos deliciosos*, muchas virtudes bien asentadas en el entendimiento, en la voluntad, en la afectividad y en el cuerpo. Existe un dominio suave y firme de la vida. Por esta razón se pueden ofrecer al Esposo frutos *frescos y secos*, y no quedarse solamente en las palabras. Los frutos secos son las

antiguas virtudes bien guardadas y conservadas por la constancia. Los frescos son los recientes, pues el alma enamorada sabe tener iniciativas, y Dios es inagotable *¡Oh, amado mío! Los guardé para Ti.*

Al preguntar al orante si tiene virtudes, no tendrá otro remedio que responder que sí, pero añadiendo: ¡Gracias a Dios! Esas buenas obras y esa personalidad fuerte, bien definida, sin estridencias ni exageraciones, no son fuente de orgullo, sino de agradecimiento, pues ha luchado por ellas *no para mirar mis obras*, con regusto de la propia perfección; *ni para llenar mis ferias*, para ser admirado por los otros y tener puestos de honor y fama que tan fácilmente se convierte en humo; *ni para alimentar mi hambre* y deseos de ser perfecto, pues se quiere ser perfecto como el Padre celestial es perfecto, es decir, con un amor fontal y generoso, con la originalidad del que mira afuera y no al espejo.

Ante la realidad de las metas conseguidas el orante no puede menos que decir: *son para ti Dios mío, Esposo mío, los bien guardados, recordados*, aquellos adquiridos en la infancia y la juventud de la vida de oración y *los recientes, jugosos y olorosos* que parecen más nuevos y sin los anteriores serían imposibles. Y el ramo de ofrendas crece con una riqueza que podrá servir de ejemplo cuando Dios quiera y como Dios quiera, pues en definitiva se

trata no de dar buenas obras, sino de *darme con ellos y no restar solo, como donante lejano y silencioso.*



¡OJALÁ FUESES MI HERMANO! (CT 8,1)

*¡Ojalá fueses mi hermano!
Te llevaría a casa de mi madre
y tú me instruirías
abiertamente sin secretos,
sin falso pudor escondido,
cantando a las gentes la alegría,
de abrir ¡por fin!, el corazón
libre, ya en casa de mi madre
con mi hermano que es mi amigo,
y mi Amado que me instruye
en la ciencia que sólo Él posee.
¡Bendito sea Dios, ya eres mi hermano!*

1.1.2007

COMENTARIO

Crece la intimidad, pero quedan aún tímidos de principiante, falta naturalidad y sencillez, por ello se pide: *¡Ojalá fueses mi hermano!*, y pudie-

se tener la confianza que da la fraternidad de los que han convivido siempre en la casa familiar. En Jesucristo esta realidad es posible pues Cristo es el «primogénito entre muchos hermanos». El Padre, en su silencio eterno, habla su Palabra, que es su imagen perfectísima, el Verbo infinito que contiene toda la Verdad y toda la Luz. Pero ese Verbo se ha hecho carne. El Unigénito se ha hecho Primogénito. El eternamente engendrado, que no es accesible completamente al hombre, aunque le llene de luz y de verdad, se ha convertido en el engendrado en el tiempo en el seno de María Santísima, es uno de los nuestros, es nuestro hermano, el Primer engendrado en esa vida nueva que el Padre quiere dar a los hombres si le aceptan. La fe y el bautismo introducen en esa vida del Hijo haciendo al creyente hijo en el Hijo, participante de la vida divina. Crecer en esa vida es crecer en la familiaridad con Cristo e incorporarle *a la casa de mi madre*, a la vida humana, a su lenguaje, su historia y en ese ambiente inteligible para los humanos *tú me instruirías*, con la inmediatez de mi buena voluntad y de tu Encarnación para comunicarme *abiertamente sin secretos*, quitándome el temor a preguntar y a saber *sin falsos pudores escondidos*, con alegría de saber y de que se podrán salvar muchas gentes con esta sabiduría divina y cercana a cada uno. Por todo eso iré *cantando mi alegría entre las*

gentes, sin las ataduras de la ignorancia, de los errores, que no son culpables, pero esclavizan, progresando hacia la máxima cumbre, que es Cristo. Porque en Él se une la humanidad a la divinidad personalmente, ya no hay más posibilidad de progreso, por lo tanto, son superadas todas las esclavitudes y soy *libre, con mi hermano*, verdadero hombre y verdadero Dios; perfecto Hombre y perfecto Dios, que ha salvado la distancia entre Él y yo haciéndose *mi amigo*; es más, mi Maestro, *mi Amado que me instruye en la ciencia que sólo él posee*, la del amor sin límites perfectamente unido a la Verdad y la Belleza eternos. Ahora que Cristo está presente en el cielo y en la tierra ya puedo cantar *¡Bendito sea Dios, ya eres mi hermano!*



NO DESPERTÉIS AL AMADO (CT 8,4)

*Os conjuro, hijas de Jerusalén
no despertéis, no desveléis al amor,
que es un sueño soñado por un niño,
mucho más de lo que puede desearse,
más aún que la esperanza más vibrante,
tanto más, pues es real,
y si pasa... ¿volverá?*

*No despertéis al Amado
hasta que Él quiera.*

1.1.2007

COMENTARIO

La oración continua es suave, sin grandes estridencias. La paz del alma no quiere salir de esa situación, por eso dice a las *hijas de Jerusalén*, a otras almas que buscan experiencias extraordinarias, *no despertéis, no desveléis al amor*, pues he encontrado a mi Señor en el centro de mi corazón y en toda la creación. Vivo ya en Dios y con Dios y mi estar tranquilo a su lado es como *un sueño soñado por un niño*, un niño menor que uno de dos años, que se abandona completamente en los brazos de su padre o de su madre, seguro, con la calidez de su fortaleza y la seguridad de su cariño, poseyendo *mucho más de lo que puede desearse*, en tal plenitud, que casi no se desea más, pues el cielo es para los que saben encontrarlo en esta vida. Esa situación es *más que la esperanza más vibrante* anteriormente conocida, *tanto más, pues es real*.

Si el amor crece, también lo hacen la fe y la esperanza, pues siempre queda el temor de la ausencia de eternidad y de vivir en el tiempo. *Si pasa...*

esta agradable situación ¿*volverá*? Y la esperanza crece con el amor poseído, viviendo sin ansias el amor vivido, por eso dice el Cantar: *No despertéis al Amado hasta que Él quiera.*



ABRAZO (CT 8,3)

*Su izquierda sostiene mi cabeza,
su derecha me abraza*
y yo descanso así en su pecho
sintiendo el latido del Amado,
vibrante, seguro, acelerado,
en clara sintonía con el mío
que descansa ya sin ningún miedo,
sin negros fantasmas fantasiosos,
ni recelos, ni miedos, ni zozobras.
¡Descansa ya, Amada mía!

1.1.2007

COMENTARIO

El Cantar muestra el Abrazo del matrimonio espiritual con una metáfora muy gráfica: *su izquierda sostiene mi cabeza, su derecha me abraza.*

Aunque sean las palabras del Esposo a la Esposa, parece el abrazo a un niño o a alguien que sufre y busca la acogida de los brazos protectores. Esta puede ser la imagen de la unión espiritual más plena, *y yo descanso en su pecho* con la paz del que se sabe en la meta, pero muy personal con otro que puede saciar las ansias de amor esperanzado, *sintiendo el latido del Amado* como el joven Juan en la Última Cena, como todos lo que se sitúan cerca del centro de la divinidad que pasa por el Corazón humano de Jesús, *vibrante, seguro, acelerado*, que me quiere a mí por mí, no tanto por lo avanzado de mis intereses anteriores, pues ya están *en sintonía perfecta con el mío*, que al vivir la comunión de la caridad divina pierde todos los miedos. Realmente *descansa ya sin ningún miedo*, ni al diablo, ni a los enemigos, ni a los amigos que no entienden, ni a uno mismo; *sin fantasmas irreales fantásticos, ni celos, ni miedos, ni zozobras*. Diciéndose ya a sí mismo: *¡Descansa ya, Amada mía!*

No existen muchas descripciones más luminosas que las escritas por Santa Teresa de Jesús en sus moradas séptimas. Cuando ya espiritualmente la ha tomado por esposa, antes de consumir el matrimonio espiritual, le hace vivir este desposorio; porque así la tiene como otro cielo: «Se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu a

manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios».

«Aparécese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria sino intelectual, aunque más delicada que las dichas, como se apareció a los Apóstoles sin entrar por la puerta, cuando les dijo: “Pax vobis”. Es un secreto tan grande y una merced tan subida lo que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé a qué lo comparar, sino a que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo, por más subida manera que por ninguna visión ni gusto espiritual».

Para entenderlo usa la comparación del gusano que se ha convertido en mariposa con unos efectos prácticos no pequeños: «... un deseo de padecer grande (...) un gran gozo interior cuando son perseguidas (...) ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle y que por ellas sea alabado, y de aprovechar algún alma si pudiesen, que no sólo no desean morir, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos (...) Temor ninguno tiene de la muerte, más que tendría de un suave arrobamiento (...) los deseos de estas almas no son

ya de regalos ni de gustos, como tienen consigo al mismo Señor, y Su Majestad es el que ahora vive (...) Casi nunca hay sequedad ni alborotos interiores de los que había en todas las otras a tiempos, sino que está el alma en quietud casi siempre».

Si ha sentido fenómenos extraordinarios éstos van desapareciendo: «En llegando aquí el alma todos los arrobamientos se le quitan, si no es alguna vez, el quitarse llama aquí cuanto a perder los sentidos, y ésta no con aquellos arrebatamientos y vuelo de espíritu, y son muy raras veces y éstas casi siempre no en público como antes, que era muy ordinario; ni le hacen al caso grandes ocasiones de devoción que vea, como antes, que si ven una imagen devota u oyen un sermón —que casi no era oírle— o música, como la pobre mariposilla andaba tan ansiosa, todo la espantaba y hacía volar. Ahora, o es que halló su reposo, o que el alma ha visto tanto en esta morada que no se espanta de nada, o que no se halla con aquella soledad que solía, pues goza de tal compañía».

Todo esto sin descuidar las cosas materiales y las obligaciones: «Es necesario que anden juntas Marta y María (...) Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a sus pies, si su hermana no le ayudara? Su

manjar es que de todas las maneras que pudiéramos lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben».

San Juan de la Cruz expresa así la unión con Dios del alma orante ya purificada:

*¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres;
¡rompe la tela de este dulce encuentro!*

Sintiéndose ya el alma toda inflamada en la divina unión, y ya su paladar todo bañado en gloria y amor, y que hasta lo íntimo de su sustancia está re-vertiendo no menos que ríos de gloria, abundando en deleites (Cant 8,5), sintiendo correr de su vientre los ríos de agua viva que dijo el Hijo de Dios (Jn 7,38) que saldrían en semejantes almas, parecele que con tanta fuerza está transformada en Dios y tan altamente de él poseída, y con tan ricas riquezas de dones y virtudes arreada, que está tan cerca de la bienaventuranza, que no la separa sino una leve tela. Y como ve que aquella llama delicada de amor, que en ella arde, cada vez que la está embistiendo, la está como glorificando con suave y fuerte gloria, tanto que, cada vez que la absorbe

y embiste, le parece que le va a dar la vida eterna, y que va a romper la tela de la vida mortal, y que falta muy poco, y que por este poco no acaba de ser glorificada esencialmente, dice con gran deseo a la llama, que es el Espíritu Santo, que rompa ya la vida mortal por aquel dulce encuentro, en que de veras le acabe de comunicar lo que cada vez parece que vale dar cuando la encuentra, que es glorificarla entera y perfectamente. Y así, dice: *¡Oh llama de amor viva!*

Éste es el comienzo de la declaración de las poesías realizadas después de huir de la prisión de los calzados donde escribe la *Noche oscura*, y su alma no se ha rebelado sino que ha crecido en la aceptación de la voluntad de Dios. A continuación recogemos las cuatro estrofas de *Llama de amor viva*, que son sublimes y la máxima expresión poética de la mística cristiana

*¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres;
¡rompe la tela de este dulce encuentro!*

*¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!*

*¡Oh mano blanda!, ¡Oh toque delicado,
que a vida eterna sabe y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida las has trocado.*

*¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su Querido!*

*¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras
y en tu aspirar sabroso,
de vida y gloria lleno,
cuán delicadamente me enamoras!*



COMO LA MAGDALENA

Rodeado de luces,
ensimismado en mi noche,
oigo mi nombre,
sí el mío, yo, el de siempre.
Esa voz... ese tono
¡es Él! ¡Está vivo!

No busco entelequias,
ni razones razonadas,
ni excelsos paraísos,
ni cadáveres reliquias.

Me busca a mí,
no al ser humano,
¡es Él! El Amado desde lejos,
me estremezco, lloro,
miro, me salta el corazón,
elevo los brazos, avanzo,
miro más ¡es Él!
Y la luz noche ya no es
ni lágrimas, ni angustias ¡es Él!

4.I.2007

COMENTARIO

Si el encuentro con Cristo crucificado fue un descubrimiento del amor divino y de la calidad de su propio amor. Ahora conviene ascender al amor resucitado de Jesús, glorificado por el Padre, que viene al encuentro del alma que le busca como la Magdalena *rodeado de luces*, y si se encuentra aún *ensimismada en mi noche*, despierta, abre los ojos y *oigo mi nombre, sí el mío, yo, el de siempre*. Y el encuentro se hace posible al descubrir *esa voz... ese*

tono y clama desde lo más hondo, desde el centro del alma, desde esa presencia divina en la intimidad de las intimidades: *¡es Él! ¡Está vivo!*

El amor requiere la presencia y si la presencia del crucificado arrancó todos los egoísmos e iluminó la poca fe, ahora sabe que *no busco entelequias, ni razones razonadas, ni excelsos paraísos, ni cadáveres reliquias.*

Es consciente el orante de que si ha buscado, más aún ha sido buscado y encontrado por Aquel que me quiere a mí por mí. *Me busca a mí, no al ser humano, sino a esta persona para siempre que soy yo y tiene un tiempo tan corto para vivir. Al descubrir que ¡es Él! El Amado desde lejos, me estremezco, lloro, miro, me salta el corazón, elevo los brazos, avanzo, miro más ¡es Él! Y la luz noche ya no es ni lágrimas, ni angustias ¡es Él!*

4.I.2007

TÍTULOS PUBLICADOS

YUMELIA ESPIRITUALIDAD

Fátima, 1917. El acontecimiento «paranormal» más espectacular de la historia moderna

Gerard J. M. van den Aardweg

El libro de los santos

Omer Englebert

En el principio creó Dios... Creación del Universo, que prosigue, y que la Ciencia va descubriendo (2.^a ed.)

Benito Orihuel Gasque

José de Nazaret en el Tercer Milenio cristiano. Panorama eclesial, bíblico y teológico

Josemaría Monforte

La sombra rasgada. El encuentro con Dios en un tiempo de búsqueda

Antonio Ariza

Santa María, Alegría de Europa. Apuntes tomados a lo vivo

Federico Delclaux

Tres años con Jesús. Meditación sobre la vida de Cristo

La Primera Semana Santa

La Creación

Canto al Cantar de los Cantares

Enrique Cases

Fe vivida. Cree, celebra, vive, reza

María José Monfort (Coord.)

SERIE GENERAL

El mentir de las estrellas. Ensayo sobre la superstición

Rafael Rodríguez Vidal

Al otro lado de la vida. Explorando el fenómeno de la experiencia ante la cercanía de la muerte

Evelyn Elsaesser-Valarino

Nueva historia de la música (2.^a ed.)

José Luis Comellas

877 refranes españoles con su correspondencia catalana, gallega, vasca, francesa e inglesa (2.^a ed.)

Julia Sevilla Muñoz y Jesús Cantera Ortiz de Urbina (eds.)

Guía del hipocondríaco hacia la vida. Y la muerte
Gene Weingarten

1.001 refranes españoles con su correspondencia en ocho lenguas
(alemana, árabe, francesa, inglesa, italiana, polaca, provenzal y
rusa)

Julia Sevilla Muñoz y Jesús Cantera Ortiz de Urbina (Eds.)

¡Se dice pronto! 1.150 expresiones, modismos y frases hechas en
CASTELLANO y su versión equivalente en INGLÉS, FRAN-
CÉS e ITALIANO

M.^a Leonisa Casado Conde

YUMELIA AUTOAYUDA

La convivencia (6.^a ed.)

La admiración. Saber mirar es saber vivir (4.^a ed.)

La ilusión. La alegría de vivir (6.^a ed.)

La madurez. Dar a las cosas la importancia que tienen (5.^a ed./1.^a
reimpr.)

La tolerancia (4.^a ed.)

La intimidad. Conocer y amar la propia riqueza interior (7.^a ed.)

La sensibilidad. Nada de lo humano me es ajeno (3.^a ed./1.^a reimpr.)

La afectividad. Los afectos son la sonrisa del corazón (2.^a ed.)

La elegancia. El perfume del espíritu (2.^a ed.)

La serenidad. Una actitud ante el mundo (3.^a ed.)

El encuentro. La autenticidad de la palabra (1.^a reimpr.)

El silencio. Un espacio para la intimidad (1.^a reimpr.)

El tiempo. Su paso por la existencia humana

El agradecimiento. Una opción entrañablemente humana

El sosiego. Una filosofía de vida

Miguel-Ángel Martí García

¡Escucha... y verás!

José Antonio Íñiguez Herrero

Buena vida, vida buena. Sugerencias para el siglo XXI

María Hernández-Sampelayo Matos

La timidez. Un preciado don del patrimonio genético humano

Giovanna Axia

El miedo. ¿Luchar o huir? Las estrategias de un mecanismo instintivo
de defensa

Maria Rita Ciceri

Los celos

Las mentiras

Danielle Dalloz

La agresividad

Edwige Antier

El apetito

Sylviane Bonnot-Matheron

Mi hijo es hiperactivo

Regina Cobo

Diálogos en torno a la verdad personal

Antonio Malo Pé

YUMELIA FAMILIA Y EDUCACIÓN

Padres y profesores (3.^a ed.)

Fidel Sebastián Mediavilla

Educación la voluntad. Un proyecto personal y familiar (2.^a ed.)

Educación el corazón (2.^a ed.)

Educación la inteligencia

Cultivar la imaginación

Coherencia y rebeldía

Oliveros F. Otero

Por qué llevan los padres a sus hijos a hacer deporte

Arturo Pérez Belló

La confianza: un reto educativo

Alfonso Ríos Louzao

Guía práctica de caracterología. Cómo sacar partido al carácter de tus hijos o alumnos (1.^a reimp.)

José Gay Bochaca

Después de amar te amaré (1.^a reimp.)

Hamo. Un hombre en busca de sí mismo

Javier Vidal-Quadras

Educación... con fundamento

Educación contracorriente

Diego Ibáñez Langlois

Cómo educar a niños de 6 a 12 años

Diario de un curso escolar

Leer en primaria: tú puedes

José Manuel Mañú Noáin

Educación con el cine. 22 películas

M.^a Ángeles Almacellas Bernadó

Retos de futuro en educación. Aprender a perdonar

Oliveros F. Otero (Coord.)

En torno a la pareja y los hijos
El conocimiento del otro. El noviazgo
José María Contreras

Mi familia... mi mejor empresa
Mariángeles Noguerras

Educar superando las dificultades. La mirada transparente
M.^a Asunción Balonga

Más allá del sí, te quiero
Aníbal Cuevas